

Derek Walcott

El Testamento de Arkansas



Fascinante, hipnótico lirismo... se le ha considerado como un hombre del siglo xx con un sentido isabelino del lenguaje... Chicago Tribune.

Por su maestría en los géneros lírico, épico dramático y narrativo, Walcott me recuerda a Tintoretto... New York Times Book Review

Walcott «el marginal» es el poeta supremo del Caribe por haber rechazado fáciles etiquetas que le habrían permitido hacer las paces consigo mismo... Los Angeles Times Book Review

Lectulandia

Derek Walcott

El testamento de Arkansas

ePub r1.0

Titivillus 01.12.16

Título original: *The Arkansas Testament*
Derek Walcott, 1987
Traducción: Antonio Resines & Herminia Bevia

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Seamus Heaney

1. AQUÍ

EL FARO

I

ujo su negra tela de fotógrafo
montaña frente a nuestra ciudad
focó el ocaso, pulsó el disparador-
las las farolas de la calle se encendieron.

igo girar el chirriante expositor
sus postales cincuenta años más tarde:
faro, siluetas
balandros sobre agua inflamada.

s estrellas ocupan
énticas posiciones
bre Castries^[1]; reproducen
os puntos conectados por líneas
los pasatiempos infantiles, que completo

rola tras farola hasta La Place.
ia noche con aliento de ron blanco
mina conmigo a paso de cortejo fúnebre
ra alargar la ciudad. Bajo

lámpara de arco del mercado, un grupo de gente
sulta a algún charlatán. Una cara
e escudriña, después relaja sus ojos
trecerrados. Exclamaciones. ¡La vieja farsa de los apretones

manos! Desde el promontorio,
una breve instantánea de los parterres
negras guiabaras, el minuterero
la esfera luminosa apunta

cia el bar Nueva Jerusalén.

do una botella de Old Oak.
gente sigue ahora a otra estrella,
e, con una vieja broma *patois*

stapa la botella con la ceja de un ojo guiñado,
a continuación suelta su perorata política
mo un gargarismo. Consigue
e me parta de la risa en un abrir y cerrar de ojos. Antes

nseguía enganchar a sus histéricos seguidores
n el anzuelo de un guiño. El alboroto del público
dirige ahora al orador. En un rincón
mos negras golpean la mesa con fichas de dominó.

jugándonos los ojos húmedos con manos húmedas,
sconsolados por los perturbadores recuerdos
e hay en los dobles de ron,
s separamos en la calle oscura.

o hacia el negro promontorio
Vigíe, salpicado por los puntos
las casas. El hacia una gloriosa
pada, y el sueño. La luna llena

alzó al final de la carretera,
añando escamas en la bahía.
ia moneda lanzada una vez al aire
e se quedó ahí colgada, ni cara ni cruz.

camino, visto al trasluz
ostraría, como un negativo,
s días que caminé sobre él; le recito
ese cero todo aquello en lo que creo.

nto al aeropuerto, al otro lado de veladas
oidas, el angelical rayo hace girar
lanza blanca. El chai de las olas
tiende los encajes de las palias.

l los arbustos, junto al camino, la risa
una muchacha. Una choza iluminada. Tu lámpara
queroseno, Philomene, apantallada
r las delgadas hojas de calicó de una Biblia.

la luz de luna inmemorial cae
bre las tumbas; cortaplumas de hierba
lan otras iniciales
bre pupitres marcados que fueron nuestros.

él, ese adorable actor,
ardido en la estafeta de correos! Suprimido.
i personaje superfluo
minado del guión.

cepto por un viaje al extranjero
rmaneció aquí cincuenta años. Cincuenta.
se mueve con su isla, la espada
l faro se hunde en el mar.

í, cuando alguna farola trazó el reflejo
nuestra ruptura de muchachos,
o fue la luna, lanzada desde su nube,
dado del cubilete de un jugador

e le devolvió a casa, a las fantasías
un niño en una cama atestada?
ta noche me reí de su voz
de su cabeza gris de facciones hundidas.

xiste alguna pauta que conecte
; puntos de dominó de estas estrellas
n las negras piezas erguidas
las manos de esos jugadores?

i mí habitación, el acondicionador de aire
oduce un frío helador. Su traqueteante zumbido
excluye, Philomene, como a las estrellas
tu cocina de carbón. El calor del hogar.

i cuanto su ruido se extingue con un golpeteo,
oleaje, o un frenesí de palmeras,
ean, «Sufriste pérdidas. Es suficiente.
o puedes sostenerlas todas entre tus brazos.

ra sentirte más protegido en el oficio de poeta
odíllate, por la arena, lienzo iluminado por la luna.
r las colinas que ignoran su maldición

duermen con las ventanas abiertas.

duerme, duerme. Deja para mañana el temor
de lo que pueda caer del cielo».
No puedo, la cuchilla que todo lo iguala
estalla sobre caras que conocí.

La casa en la que vivíamos,
sin su galería cubierta de enredadera
hoy una imprenta; ni una hoja
querrá a enroscarse en sus pilares.

II

de día. Sombra de dedos ligeros. Una puerta roja,
sconchadas pilas bajo un grifo,
desde su corona de latón, el agua
trenza en un látigo blanco.

venes rastas recostados en un patio.
1 gallo, sintiéndose seguro, se pavonea al sol.
1 tablón rojo, verde y amarillo
carea: EL HOMBRE ES UNA BABILONIA.

mediodía, serpenteante calle abajo,
; niños corren chillando al salir del colegio.
gunos caen. Algunos tomarán el camino
cto desde su infierno galvanizado.

tonces, lejanas como ese crepitante sonido
una niñez trepando por el viento,
; hojas del árbol del pan se elevan como cometas
sde el seco patio de mi mente

entras una brisa arruga el mar,
oyectando sombras sobre la corteza,
viste con la claridad de enero
bahía frente a La Toc.

III

fantasma del faro dormirá
lo el día como un actor. Una canción
elga sábanas en un tendedero. Un barco blanco
va a otros a donde pertenecen,

entras observo a una gaviota que persigue
propio grito, como una chirriante cabilla
las barcas de postal de La Place,
nde comienza el dibujo de puntos que acabé

in vendedor sonrío: «¿Cincuenta? ¡Entonces
ias el hogar más que a la juventud!».
omo la luna llena en pleno día, su transparente,
controvertible verdad.

CUL DE SAC VALLEY

I

1 recuadro de amanecer
un taller en la falda de la colina
o a estas estrofas
zancuda forma.

mi oficio es bienaventurado;
esta mano fuera tan
merada, tan honesta
mo las de su carpintero,

da marco, resuelto
sus ángulos, se haría
o de esta construcción
madera sin pintar

mo las consonantes, volutas
lidas de mi cepillo de carpintero
el criollo fragante
su veta natural;

sde una mesa de caballetes
enroscarían a mis pies,
s y erres, con raíz francesa
africana occidental

un rico dialecto,
nca leído
ro ligero sobre la lengua
su senda nativa;

ro los árboles se acercan
ni cordel calibrado

forma de tablas biseladas
pino sin pintar,

mo el murmullo de la caracola,
exhalación de la madera refresca
memoria con su aroma;
is canot, bois campeche,

eando: *Lo que quieres*
nosotros nunca podrá ser.
¡ palabras son inglés,
un árbol diferente.

II

la grava del riachuelo
empiezan las suaves guturales,
el valle, un perro mestizo
e ladra una negra vocal

ente óvalos que se desvanecen;
nto a un puente de hierro rojo,
bajadores con palas
strillan asfalto borboteante,

da áspero chirrido
e hasta esta altura
a lengua que hablan,
ro no saben escribir.

omo la idea perdida
l alma visible
e aún arde aquí,
bre una tierra analfabeta,

humo azul se eleva a gran altura,
columna inalterada,
sde esa cicatriz ocre
l desmonte de una carbonera.

. corteza de las nubes se abre
mo la de las hogazas
vueltas en hojas de higuera
un ennegrecido horno de arcilla.

un barril de lluvia, el agua
alisa como un espejo;
hija de un árbol de la lima
udia en él su rostro.

joven árbol se desdobra en
a muchacha que corre escaleras arriba
sde el patio, para incorporarse a
a estrofa. Ahora las lágrimas

agolpan en sus ojos, lágrimas

un espejo, al tirar del nudo
su nuca el peine de su
madre; ésta se da cuenta

dice: «En su semblante
splandecen todos los valles».
rípidas, sus manos
inman la trenza del arroyo.

las flores de tiza garabateadas
la pizarra negra del asfalto
la campanilla del hibisco
dicen que llega tarde,

entras el oleaje en las ramas
sece como el cardumen
pupitres blancos y azules
la escuela pública,

citando este lenguaje
se, sobre un encerado,
ciega como una página
fulgor sobre la carretera,

¿que, deambula hacia
silencio interior a lo largo de
rojo sendero que el bosque
gulle como una lengua.

III

ediodía. Las secas cigarras gimen
mo los pedales oxidados
la máquina de su madre,
repente se detienen. Pétalos de lima

elan a la deriva como retales
el silencio hilvanado;
mo el polen, su abundancia
su provisión.

mediodía perfila a un limero
n una sombra irregular;
espalda está cansada
tanta simetría.

. fila de esfinges
bre la que descansan mis ojos
n colinas tan invariables como
pétrea pregunta:

Puedes decir en voz alta
nombre correcto de cada cordillera
entras cambian nuestros rasgos
tre luces y nubes?».

ro mi memoria es tan corta
mo leve el sonido del mar,
que vagamente recuerdo
una línea de arena blanca

retas en la caoba
rostros curtidos y guijarros
e murmuran en un
pedregoso, pero las preguntas

disolverse desatarán
s propios nudos —arroyos de
ontaña cuya grava
ronquece con las lluvias—

igual que se relaja un leñador

ra escuchar cómo se abre el cielo
gundos después del golpe
su hacha, los nombres se ajustan

u eco: ¡Mahaut!
orestièrè! ¡Y a lo lejos,
ronco eco de hojas
Mabouya! Y, ¡ah!

colina se levanta y come
mi mano, el chucho
lra alegremente, repite
a vocal tras otra,

¡ramas se inclinan ante mí,
¡dialectos aplauden
fluir hacia arriba
savia de la memoria.

IV

oeste de las estrofas
critas por el amanecer,
plantaciones de plátanos responden
a luz; por encima,

halcón que describía círculos
en mi corazón en su pico
sita el borde del mundo,
trae de vuelta

puente que se desvanece,
río que se revuelve
su lecho, al risco
nde regresa el árbol

s sus lecciones, tarde.
¿cuál era su cabaña?
la asciende en línea recta
r los escalones de este verso,

se sienta para cenar
n y pescado frito
entras los árboles repiten su
brío inglés.

s ventanas de la cabaña resplandecen.
s verdes luciérnagas describen arcos,
cendiando Forestière,
léans, Fond St. Jacques,

el bosque se duerme,
s ojos cerrados,
excepción de una mirada
sde una choza iluminada;

ora, por encima del libro cerrado
pequeñas cabañas que se deslizaban
jo los faros del coche, la cima
una colina como una pirámide.

la noche caliente como un horno

elan las brasas. La puerta de una tienda
oyecta un recuadro de luz
bre la carretera y un olor

escado en salazón. Un montón de arena seca
esparce en estrellas.
nílai: a un gato, la isla de la Paloma
erra el mar con sus garras.

ROSEAU VALLEY

(Para George Odlum)

la palada de mirlos
lió disparada desde el borde de la carretera
a memoria trinó retrocediendo
ís allá de la estremecida apisonadora

e asfaltaba el camino
e amanecer a través de Roseau
sta la fábrica de azúcar, que rugió
detenerse, y del eco cada vez más amplio

la caña, cuando solían cultivarla
este dulce valle;
tonces, desde las flechas de las cañas,
lieron disparados los mirlos, andanada

s andanada de acólitos,
nvirtiendo todos los días en domingo
s la huelga. Ahora no hay luz
la fábrica abandonada.

s vagonetas se oxidan sobre vías muertas.
empezó a cultivar el plátano
el paraíso de un muchacho
yó segado en gavillas de aleluyas.

tre angostas trochas la hierba
espesa. Un cruce esperará
vano el paso de las viejas estrofas de hierro
n su fragante carga.

techo galvanizado y descolorido
la fábrica cede. Las planchas combaten
; palanquetas del viento que arrancan
s últimos clavos, pero la capilla

Jacmel, cuyas oraciones encadenan delicadamente
; muñecas unidas de los trabajadores (sus hombros
n doblados como la susurrante caña,

a cual sea la cosecha), sigue siendo tan vieja

mo el valle, y la letanía
ye con el acento de melaza
los sacerdotes locales, no los de Bretaña
Alsacia-Lorena. El incienso

que el mismo camino
e el humo de carbón vegetal sobre una colina
e conecta Roseau con el paraíso,
ro la fábrica perdió el aliento.

uan verde y dulce la conservé
ito a mi envejecida alma! Resplandece
nque un fornido viento la ha barrido
n su impalpable guadaña, pero ¿a dónde

ndujeron mis líneas? No aportaron
nsuelo como los sacerdotes franceses
el Himno de los Trabajadores, que disociaba
paraíso de un incremento salarial,

e lenguaje ofrecía un amor que sólo unos pocos
dían leer, a cambio de unas monedas de cobre,
lo aquellos labradores que compartían los beneficios
la comunión o del sindicato.

de qué sirvieron a esa amable gente del valle
s loas a su serena luz verde?
bre las chimeneas y las chabolas
cerró y oscureció el puño de una nube

sticulando ante los relámpagos
crepitantes, amplificados discursos
e dieron paso a un rugido de lluvia
cedente de las acequias de riego,

a inundación convocadora de camisas
embalsó con toda su fuerza
torno a las puertas de la fábrica, desviándose después
sconcertada, sin saber qué camino seguir.

dos los espantapájaros surgidos
la cuneta con un grito crucificado

bían de alarmar a la sirena de la fábrica
al ojo del campanario,

sta que, como las desharrapadas cañas
a vez quemada la cosecha,
s calcinados tallos fueron aplastados
nuevo por la Iglesia y el Gobierno,

ro un lunes marcharon ocupando toda
carretera, con gavillas en el puño,
entras las motocicletas de la policía ronroneaban
nto a ellos en dirección a la sede del gobierno,

el río moreno fluyó colina arriba,
griterío serpenteó en torno al Morne,
andonando a su suerte a la vieja fábrica de azúcar
ra que se ocupara de la caña ella sola.

i mano compartía la inquietud de
¿trabajadores, pero ¿cuáles eran sus poderes
te esos andrajosos peones
e pasaban las hojas de mi Libro de las Horas?

os demonios enseñan los dientes en una bandera y
humo se eleva en espirales sobre un turiferario,
aliento del dragón del opio
ce un Lenin de Lucifer.

. sombra de guadaña de una
ndera segadora recorre
¿campos de cereales, la caña
rtió con la flecha del mirlo,

junto con su cosecha, ¿qué desapareció?
¿fi fantasía que en tiempos la convirtió en
«igo oriental e inmortal»
el peso de la indiferencia?

ero era realmente un reino diferente
mío? Las mitras y los peones pueden desplazar
¿sombras de un cambio de régimen
bre las casillas de los campos, pero mi regalo,

e no puede recompensar suficientemente

esta isla, que no aportó una comunión
las lenguas, cuya mano izquierda
nca apretó las gavillas en unión,

que exudando la resina que gotea
la cálida axila de una colina, mientras
elección del camino va emergiendo
los anfiteatros del mar

ra inhalar un vigorizante horizonte
r encima de los campanarios o las chimeneas donde
latido de la apisonadora muere en el
e indivisible, azul.

SILABARIO ESCOLAR

(In memoriam: H.D. Boxill)

o tenía dónde registrar
avance de mí trabajo
lvo el horizonte, ningún lenguaje
lvo los bajíos en mi largo paseo

sta casa, por lo que extraje toda la ayuda
e mi mano derecha pudiera aprovechar
las algas cubiertas de arena
lejanas literaturas.

rabihorcado era mi fénix,
estaba embriagado de yodo,
a gota de la púrpura del sol
ña de vino el tejido de la espuma;

entras araba blancos campos de olas
n mis canillas de muchacho, me
nbaleaba al deslizarse el banco
arena bajo mis pies,

tonces encontré mi más profundo deseo
las oscilantes palabras del mar,
el esquelético pez
e era aquel muchacho tomó cuerpo en mí;

ro vi como el bronceo
rdecer de las palmeras imperiales
rvaba sus frondas convirtiéndolas en preguntas
bre los exámenes de latín.

o odiaba los signos de escansión.
quellos trazos a través de las líneas
vían sobre el horizonte
ensombrecían la asignatura.

an como las matemáticas
e convertían el deleite en designio,
isificando los palillos lanzados al aire

las estrellas en seno y coseno.

enfurecido, hacía rebotar una piedra
bre la página del mar; seguía
rriendo su propia sílaba:
queo, anapesto, dáctilo.

iles, un soldado de infantería. *Fossa*,
a trinchera o tumba. Mi mano
pesa una última bomba de arena para lanzarla
cia la playa que se desvanece lentamente.

o obtuve matrícula
matemáticas; aprobé; después,
señé el latín básico del amor:
no, amas, amat.

stido con una chaqueta de *tweed* y corbata,
aestro en mi escuela,
como las viejas palabras se secaban
mo algas en la página.

editaba desde el acogedor puerto
mi mesa, las cabezas
los muchachos se hundían suavemente
el papel, como delfines.

. disciplina que predicaba
e convertía en un hipócrita;
s esbeltos cuerpos negros, varados en la playa,
orirían en el dialecto;

icía girar el meridiano del globo,
ostraba sus sellados hemisferios,
ro ¿a dónde podían dirigirse aquellos entrecejos
ninguno de los dos mundos era suyo?

silencio taponó mis oídos
n algodón, el ruido de una nube;
calé blancas arenas apiladas
entando encontrar mi voz,

ecuerdo: fue
sábado casi a mediodía, en Vigie,

ando mi corazón, al volver la esquina
Half-Moon Battery,

detuvo a mirar cómo el sol
mediodía fundía en bronce
tronco de un gomero
bre un mar sin estaciones,

entras la ocre Isla de la Rata
ía el encaje del mar,
rabihorcado llegó volando
ravés del entramado de un árbol para izar

emblema en los cirros,
n su nombre, fruto del sentido común
los pescadores: tijera de mar,
egata magnificens,

seau-la-mer, en patois,
r su vuelo, que corta las nubes;
esa metáfora indígena
mada por el batir de los remos,

n un golpe de ala por escansión,
a V que se abría lentamente
fundió con mi horizonte
entras volaba sin cesar

ís allá de las columnas, mordisqueadas por las ovejas,
árboles de mármol caídos,
de los pilares sin techo que fueron en tiempos
grados para Hércules.

EL RESTAURANTE LA VILLA

a camarera de terracota,
n los brazos en jarras, parece cernirse
bre su propia forma, sus iris
as veces color teja, otras avellana

mo guijarros en los bajíos
l río D'Orce bañado por el sol;
s orejas, sinuosos cántaros, encierran
arla intrascendente y ruido de cubiertos.

on la roja arcilla de Piaille
hizo esta fresca ánfora;
pueblo tosco, inacabado
dedica allí a la alfarería;

sobre la balda de cedro están dispuestas
ra tras jarra similares a ésta;
n pelvis de madre
ro muñecas de niña.

espojo lentamente a la arcilla húmeda
la tela que la rodea,
entras el eco del río D'Orce
urmura a través de su boca entreabierta.

ie las estatuas talladas o cocidas al fuego
stan hojas de higuera entre las piernas,
que una sobresaltada hamadríade
bra su muslo frío.

e visto sus párpados de piedra
bre almendras de mármol decir:
u mar tiene sus propias *Ilíadas*,
oli me tangere».

í, otros pueden buscar su
lleza a través de cristales polvorientos,
urnas o ánforas griegas;
elijo la vasija viva

ne convierto en un río

ya lengua marrón no descansará
sta que mis alabanzas llenen
; recipientes de arcilla de su pecho

n agua de piel clara
bre el esquisto gris o avellana
ese barrio iletrado
e algún francés llamó Choiseul.

ro en ella está Assam;
; torres de arena de Balbec
yerguen cuando el tallo
la copa frota un cuello rígido;

suelo agrietado de Mantegna
suyo, la manzana de oro;
yeso azul tras su cabeza
mi Capilla Sixtina;

salir de la galería
n su corpiño lleno de nubes,
el sol y un bosque moteado
sus espaldas,

es culpable de su belleza cuando
s manos alisan las arrugas
l lino, extendido como en los altares,
no de migas y flores del día.

LOS TRES MÚSICOS

(Para Hunter François)

la llegada de la Navidad
acompañada de una brisa
los gloriosos cedros
esca como Belén.

desde la ciudad a Vieuxfort,
Vieuxfort a Castries,
via el camino
entre los pueblos.

nemos latas rojas
el porche solicitando gracia,
calamos las piedras
desde el primer jardín;

el patio salpicado
por el rosal blanco
marca la suave marca
de la rodilla de un ángel,

las vestiduras tan puras
como pliegues como los del agua
cuando sale de un aguamanil
de porcelana;

que renueva la vida
de jóvenes y ancianos. Esa semana,
nota una hoja de lima, fría
como la mejilla de un arcángel,

ya sombra, veloz
su rápido ascenso por la hierba de la ladera,
para que se levanten los cedros
para dejar paso a sus alas»,

anta *Madame* Isidor,
escalón de su puerta fregado
para su primer visitante:

uestro Señor descalzo.

era más pobre que ellos,
tenía donde acostarse.
41 habitación es Jerusalén,
mesa, Galilea».

irante toda la semana ella practicó
reverencia: «Encantada de conocerle;
éste? Es
sé, también carpintero».

toda aquella semana,
uno se irritaba, el otro reía;
sé saca de la vitrina
botella de plata y la pone

nto a dos pilares de dorado
isky Johnnie Walker,
jad que envejezcan los ancianos,
José, él lleno de vida,

abrazaba como a su oficio,
jó de ir al café,
lo cantaba: «La mitad de los
geles anunciadores^[2]»; el sábado

lvía en autobús desde
mercado directamente a casa;
cañón de linóleo
despliega en su habitación.

iora un pernil de cerdo borbotea
egrementemente
una lata de queroseno
ertemente envuelto en un trapo gris,

en toda la tierra
ele a pasas, un pastel negro
e ella cortará para el nacimiento
l hijo que no puede tener.

h, Navidad, mañana de Navidad!
cuchan en el viento,

gemido y el aviso
el violín de Ti-Boy;

entran la sangre
los Inocentes fluir
por la espada romana
las flores de pascua,

entran los tres músicos
corren los patios,
donde hay una penetrante fragancia
de zúbar;

siguen en sus cuatros
el ronco villancico,
dicen: «Entrad, entrad,
traed *whisky*, acedera—»

acedera con su sangrienta corona
de espinas, junto a la verja
donde la lageta se arrodilla
en penitencia—

José, trae tres sillas!».
Se inclinan ante su puerta.
Los sombreros de fieltro. Lino dice,
¡bon Noël, madre Isidor,

y Frank Incienso,
Sr. Oro, el Sr. Mirra».
Depositan sus instrumentos
con cuidado en un rincón.

Con sus sombreros nuevos en las rodillas,
limpian lo limpio
y está todo, una brisa
que seca las gotas de sudor.

Uno levanta su vaso
con un dedo curvado, así,
mirando por la señora,
porque todos ellos saben

que sueña con encajes blancos

bre suave piel de ébano,
ro, por algún motivo, es voluntad de Dios
e no pueda tener hijos;

alzarse las cortinas se ilumina el linóleo,
roduciendo la presencia de un niño
su inmaculada habitación.

men en silencio
negro pastel que ella trae,
ito a sus instrumentos,
s reyes con la espalda rígida,

e devuelven sus platos
jando un poco
r educación, beben dos copas de un trago,
empiezan a cantar como el culo;

los penetrantes gañidos del violinista
y hambre y sed
r el niño. José siente
e va a estallarle el corazón.

LA PRIMERA COMUNIÓN EN SANTA LUCÍA

atardecer, al borde de la desgastada cinta de asfalto,
stida con una saya y medias blancas de algodón, se yergue una niña negra.
imero ella sola, después un pequeño prado de ellas. ¡Ah, es la Primera Comunión!
stienen en sus manos pequeños misales con cintas rosas,

ancas polillas de raso sujetan sus rígidas trenzas.
l acordeón de la oruga, que explota aún el mito
o largo de ramas de algodón en cuyas bocas abiertas
hostia se esponja con la fe sin una duda!

í, en toda Santa Lucía miles de inocentes
maban en las escalinatas de las iglesias, frente a la lente del sol,
guidos como velas entre padres de ojos guiñados,
tes de que llegara la oscuridad, como la de su santa cegada.

ero si fuera posible parar al borde
l descolorido asfalto, antes de que los faros hirieran
s ojos, acoger a cada niño en mis manos,
jar un poco la ventanilla, e instar discretamente

entrar hasta a la última polilla, dejaría que el oscuro automóvil
bijara su ventisca y, en alguna negra colina,
n sus batientes alas llenas de polvo, las liberaría por miles para que se elevaran
tambaleantes
cia el cielo antes de que hicieran su aparición los prejuicios, el mal!

GROS-ILET

esta aldea, empapada como un trapo gris en agua salada,
gó un lenguaje guarnecido de conchas marinas,
n una sombra de bayas en sus axilas
todos como flexibles remos. Toda ceremonia comenzaba
las vaguadas, los estercoleros, los funerales al alba y el ocaso
os que asistían los cangrejos. El mar reforzaba
s olores. El ancla de las islas penetraba a gran profundidad
ro se veía siempre clara en las arenas. Muchos tiburones
a menudo la raya, cuyas aletas son anchas como velas,
cendían con mirada insomne desde los ondeantes corales,
un pescador sacaba un bagre como una cabeza con tentáculos.
el anochecer con sus inevitables, inextinguibles candiles,
a como la Noche de Todos los Santos vuelta del revés, igual que el
arciélago obtiene *su* propia visión del mundo. Así, sus ojos miran hacia abajo,
vertidos, consideran que caminamos de modo extraño, y se preguntan sobre
estro sentido del equilibrio, sobre cómo dormimos
mo si estuviéramos muertos, cómo confundimos
s sueños con cosas corrientes como clavos, o rosas,
mo envejecen rápidamente las rocas con el musgo,
mo el mar traza surcos que no tienen nada que ver con el tiempo,
a arena se alza en torbellinos que no tienen nada que hacer en absoluto,
as sombras sólo responden ante el sol.
ocasionalmente, como un viejo neumático,
negro lomo de un delfín. Elpenor, tú
e te rompiste el culo, borracho, tambaleándote escotillón abajo,
ú timonel, que navegas como la raya bajo el aliento de las olas,
guid vuestro camino, aquí no hay nada para vosotros.
este lugar las velas y las costumbres son distintas, los muertos
n distintos. Sus tumbas las guardan conchas distintas.
y diferencias más allá del paraíso
nuestro horizonte. Esto no es el Egeo púrpura como la uva.
quí no hay vino, no hay queso, las almendras son verdes,
s uvas de playa amargas, el lenguaje es el de los esclavos.

LOS MARISCADORES DE CARACOLAS

ido que la peluda ortiga, la bifurcada mandrágora y la maligna
a, la baba de sapo o el afilado y espinoso erizo
n, por su naturaleza, venenosos, no deberíamos dudar de
que murmuran haber visto con sus ojos de luna los mariscadores de caracolas.
¿Quién es este príncipe? ¿Qué yelmo lleva?
mos volar alto a los rabihorcados carroñeros, cada vez más abundantes,
mos que nuestro aliento traza formas vacilantes,
ro ¿qué es lo que le perturba en los empapados acantilados,
entras mira las estrellas insomne como el mar?
¿Qué embozados rumores atraviesan el reino,
ultándose de las linternas de los vigilantes nocturnos en las calles mojadas?
ofeteados por nuestros inquisidores, los mariscadores de caracolas sólo farfullan:
s como una concha soldada a la roca del mar,
no hay cuchillo que pueda desprenderla».

s sutiles torturadores
igen creerlo. El moderno sermón del prelado
uestra que no hay mal, tan sólo voluntad mal orientada,
ro los ojos de los pescadores de caracolas son grises como ostras
a negra vela se desliza lentamente bajo su quilla musgosa.
s Abdón el usurpador, a cuyo corazón se adhiere el sapo».
lo hay nada bajo su yelmo salvo vuestro miedo».
la bebido las cuencas sorbidas de sus propios ojos,
escamosas garras aferran la empuñadura de su espada».
Y reaparece una vez que habéis hecho la señal de la cruz?».
í. El escorpión de mar acude a su silbido como un perro».
bajo su saliva ácida los buitres despliegan sus paraguas,
el mar reluce como su cota de malla a través de la niebla.
aferra al cuello de este mundo y no hay forma de desprenderle».
iendo les damos caldo, y esto se prolonga durante noches,
más joven mira el vapor hasta que se enfría.
í es Abdón el usurpador, ¿qué usurpará?».
estremece. «Ojalá se le enfrenten plateadas legiones de serafines».

s explicamos que es la luz de la luna amotinada sobre las olas,
espejismo de los pescadores, que tan sólo están enloquecidos
r la sal en los cortes de las palmas de sus manos, pero todos creen
e es Abdón, que lo que se yergue en el empapado rompeolas,
ciendo temblar sus alas nervudas como un perro mojado,
ecto como una pastinaca, es una manta, no el demonio;

ro el más joven repite con voz inhumana
r la afonía, como el cansino retirarse de las olas
bre la roca ulcerada por las caracolas: «Si no es él, ¿por
é entonces desgarran la luna las nubes de negro manto
ihogan su redondo grito como el de una loca?».
os salvajes como caracolas sobre la cuchara alzada.

MAGIA BLANCA

(Para Leo St. Helene)

. *gens-gagé* se desprende de su arrugada piel a patadas.
Ieted su alma en un tarro! El lobo medio hombre
ede trotar con los codos doblados, erguirse, y sonreír
n tetánica licantropía. Los incensarios
suelven la niebla del suelo con sus almas sibilantes, errantes,
; no bautizados, no perfectos y no malditos
r decreto sagrado. Los *griots*^[3] de la isla aman a
estros elfos de las setas, las sombrillas del demonio
e ascienden como larvas desde los orificios podridos de los troncos,
s bocas una abertura cosida, sus pies deformes invertidos.
exorcismo no puede dejar anticuados
os signos que oímos pasada la medianoche en un bosque
nde una mujer pálida vuela como un búho ciego
sta su rama ahorquillada, con lunas escarlata por ojos
e burbujan de duda. ¿Has oído un chapoteo argentino?
o es nada. Ignóralo si se deslizó desde rocas
isgosas, sería un cangrejo cansado, un pez,
nenos que nuestra madre de las aguas con sus rizos húmedos
deslice bajo esta página por debajo de tu pluma,
lo un pueblo ingenuo cree que estas cosas pasan.
s ninfas del bosque y las hamadríades impregnaban
corteza de la madera, el papiro y este papel;
ro cuando nuestras hojas secas crujen al paso del renqueante cazador
n pies de ciervo, Papa Bois,
tan sólo un clon de Pan, otro sátiro transferido,
. bruja que sale de su saco de azúcar
unque cubras los umbrales iluminados por la luna con harina blanca),
beau l'homme que se te aproxima lentamente, la cabeza vuelta del revés,
; elfos de orejas de ratón, de pies de helecho, sin rostro,
as fábulas de los subdesarrollados y los pobres
;peadas por la luz de la luna, se volverán blancas y más ricas.
uestros mitos son ignorancia, los de ellos, literatura.

UNA CARTA DE LA VIEJA GUARDIA

(Para Irene Worth)

Desde una provincia de agitadas palmeras en las Antillas,
veterano hunde su plumilla en tinta azul marino

para conmemorar la ferocidad de los Gurkhas
su propio regimiento perdido en las arenosas colinas

Sudán; recuerda el resonar
metales y címbalos, cuando el alboroto de la multitud

atenía a las palomas en vuelo en torno a Piccadilly Circus;
ellos eran la niña de los ojos de Alexander^[4].

Y ahora, en la estela de cuarenta años de paz,
los galernas levantan Hyde Park. Como un buque, una estatua

avide las hojas; es éste el ruido que escucha,
la lengua de resaca marina humedece su labio superior,

escribe:
Señoras, las vi en su balcón
Brazil Street, el ocaso teñía de rojo sus mejillas

me emocionó. Por favor, no quiero dinero,
pero es el Día de los Veteranos^[5], por lo que, toda esta semana

he pensado, sin duda como ustedes, en la guerra,
sus hermanas viudas con el mismo cuello blanco

como su balcón de encaje frente a Columbus Square,
sí, como un explorador del mar en el Día del Imperio,

así vi, con un corte de pelo diferente,
los sombreros Leghorn color crema; ambas eran rubias

resplandecientes. Bulwen era el Gobernador,
galés, pero a nadie le importaba.

Y ahora está tan claro hoy que me viene a la memoria
el sonido de las frondas de las cuatro Palmeras Reales,

e escucho una música argentina cuando las lágrimas
la fuente salpican nuestras mejillas; entonces junto al monumento,

grito del sargento mayor sobresalta a las montañas,
con el presenten armas de seiscientas botas,

bandera se pliega desde los cuatro puntos del Imperio,
entras Bulwen gruñe este pasaje de los Salmos:

“Miraré hacia las colinas...”. Las colinas permanecen.
Nuestros cabellos son cenizas, pero nuestros corazones fuego.

Más pasé bajo vuestro alto mirador
cuando era niño. La ciudad tenía sus recintos privados,

pero me alisté, y puedo decir que estuve bajo
el mismo fuego de mortero; he visto la esfinge,

en su cata de viejo boxeador, descansar en la arena;
que ustedes dos, señoras, perdieron a sus maridos

cuando combatían a Rommel, pero las pequeñas flores blancas que surgen
entre la arena son corazones de soldados; un mar

la arena era el hogar de mi regimiento de negros,
y el indio sea el mariscal de campo vizconde Montgomery

que venditos sean todos, el Mall^[6], el bronce y la púrpura
de los Horse Guards^[7]; tenía yo doce años

cuando Eduardo abdicó por amor a *Mrs.* Simpson,
pero incluso hoy puedo recordar la ira que sentí!

Me reuní con Lord Alexander en Sudán,
y me puse a su ordenanza. Hoy soy un vigilante nocturno.

Entonces obtuvimos la independencia, así, de repente,
algo desapareció. Nosotros los negros

conseguimos que nada funcione. Hasta ahora, no he encontrado a nadie
quien confiar. Fui soldado por mi rey

ni isla. Mis manos sufren de artritis,
pero dieron al César lo que es del César,

ial que los Gurkhas. ¡Que muchachos tan feroces!
o obstante, éramos tan buenos como ellos. Pondré fin a esta misiva, ya que

ojo de mi pluma, por lo que veo, ha dejado caer una lágrima.
rdónenme el borrón así como perdonan el nombre del

e esto escribe. Dejen que quede, señoras, secretamente suyo...».
uego rompe la carta, mientras años de su vida

suenan como soberanos sobre la bandeja de un Benarés brillante como el bronce
Vigie Barracks bajo la desmedida luz

l Raj, que se oscurece como un mueble de teca,
el oleaje nocturno de las palmeras y una cena fría dispuesta

jo una postal sujeta con chinchetas doradas del malecón
Brighton cuando nuestras guerras eran más felices.

FIGURA EN LA TORMENTA

siglo diecinueve, como un quinqué,
deó con su halo, anoche, las tablas de una mesa de cocina.
on el tubo bajado, la mecha languidecía y humeaba,
amuscando el techo de la mente como una novela de Hardy.

on los pies descalzos en la fría hierba del exterior de la casa,
ven nuevos canales surcando la basura de la playa,
spués una lejana, brumosa figura allí donde los bajíos marrones
cen rodar troncos caídos como cadáveres procedentes de un naufragio.

momento equivocado. El lugar equivocado. La costa de Wessex^[8]
rtenece a otro siglo. El ojo de fuego de la lámpara
s los barrotes de la ventana durante toda la cosecha de la tormenta
e antaño Fidelidad. Ha cambiado de nombre.

is murmullos de aguas poco profundas armonizan con su
pera del trueno desaparecido, con las nubes que se mueven como jirones de humo,
ruido de las rompientes; las grandes, plúmbeas ondas de estaño,
rezongar de los pilares del malecón, los musgos aferrados por los cangrejos.

ota a gota, lentamente, cada rama pierde sus perlas,
resaca arrastra enaguas sucias a través del limo de la playa,
hielo encadena sus tobillos al vadear los nuevos estanques de las rocas,
agua pulverizada la oscurece, pero ella es la marca de su nivel.

.electricidad vuelve. Las luces puntean las destrozadas carreteras.
on el morse de los grillos toma forma este siglo.
tanto más se camina más lejos se retira ella,
mascarón que ondea sin un barco.

iora la luz del sol, como una caballa listada, danza
bre la lámpara y la novela junto a la cama de matrimonio,
riza sobre el óvalo donde mira su rostro ahogado
sta que se asienta el círculo de un siglo.

iendo se secan los acantilados, con bucles de hierba de marea,
sombra se desvanece en la arena oscurecida por las nubes;
oleaje levanta el dobladillo de sus faldas para dejar paso a una gaviota
e vuela bajo, como una flecha en silencio, que es el sonido del alma.

MARINA TSVETAeva

Los periódicos envejecían en un sillón, el sofá dormitaba
bajo el sol. En la casa de la playa una cama
con una colcha de cuadros estirada; la sombra de la pala
del ventilador del techo cruzaba una y otra vez el espejo.

Seco como la playa, entré en la cocina.
El sed gorgoteó en el grifo oxidado.
Un golpe de frío del frigorífico abierto mostró que un líquen blanco
había convertido las bandejas de hielo en un bosque siberiano.

Leví de la botella helada en mi autoindulgente
soledad. Las palas del techo giraban traqueteando en paz.
Como que la puerta desencajada de un armario barnizado
se inclinaba como un pómulo sobre un violín acunado en el espacio.

Parde en su sitio el agua fría y vi un tren soldado por el hielo
en la estación. En torno al antepecho de una ventana,
la escarcha hacía ganchillo en tu rostro; en gotas de paciencia,
el grito de una gaviota se fundía como un carámbano.

Se escurre por la puerta de tu libro con una capa negra—
Los personajes se desdibujan bajo la lluvia, como el viejo maquillaje
en el Muro de las Lamentaciones, como la grieta de porcelana
de la sonrisa de una muñeca —tus pestañas pintadas con kohl.

Través del mosquitero, una hoja de limero o laurel
descubierto tu silencio. La otra lengua. ¿Tiene pulso la muñeca de
enredadera, se curva cada uno de sus zarcillos verdes
sobre tu garganta? Las moscas domésticas copulan y zumban

Sobre la cama individual, pero, ¡ah, las interrumpidas escalas
de tu canto de alondra! El cirílico de las algas es la taquigrafía
de tu vida, las huellas de las lavanderas
y las rayas y guiones, los palos rotos en la arena.

En la estación de los huracanes, Tsvetaeva; algunos días llueve
y el mar se yergue con la cabeza gacha como un caballo
y una muchacha sobre una jofaina, y las alcantarillas atascadas
con rienda suelta a sus penas con toda su fuerza,

pero inesperadamente, a veces una gaviota chilla

mo espinas en un madero descolorido de la playa. La deidad se vuelve
ís grande y más azul; entonces más allá de las dunas de la prosa,
re el signo de exclamación de tu pequeña figura.

las algas secan su pelo, Marina Tsvetaeva,
pelícano se detiene en su vuelo como un crucifijo;
ro ese superviviente nupcial que vuela en círculos,
gaviota, engalana con su gracia

la casa de la playa, un armario, una polvera azul celeste,
guión del horizonte, la pared desnuda, un pasaporte
l que arrancaron tu foto, el tictac sin objeto
un reloj junto a la cama, un traje amarillo de mariposas que olvidaste,

ena sacudida de mi sábana, la tumba de una almohada,
a lágrima oceánica. El sol inclina su balanza.
tiempo, esto es, la mitad de la eternidad, como el mar en una ventana,
icha las velas inmóviles de tus páginas.

LA LUZ DEL MUNDO

*Kaya ahora, necesito kaya ahora,
Necesito kaya ahora,
Porque cae la lluvia*

Bob Marley

Marley cantaba rock en el estéreo del autobús
aquella belleza le hacía en voz baja los coros.
Yo veía dónde las luces realzaban, definían,
los planos de sus mejillas; si esto fuera un retrato
dejarían los claroscuros para el final, esas luces
se transformaban en seda su negra piel; yo habría añadido un pendiente,
algo sencillo, en oro bueno, por el contraste, pero ella
llevaba joyas. Imaginé su aroma poderoso y
fresco, como el de una pantera en reposo,
su cabeza era como mínimo un blasón.
Cuando me miró, apartando luego la mirada educadamente
porque mirar fijamente a los desconocidos no es de buen gusto,
era como una estatua, como un Delacroix negro
"Libertad guiando al pueblo", la suave curva
del blanco de sus ojos, la boca en caoba tallada,
el torso sólido, y femenino,
pero gradualmente hasta eso fue desapareciendo en el atardecer, excepto la línea
de su perfil, y su mejilla realzada por la luz,
pensé, ¡Oh Belleza, eres la luz del mundo!
Fue la única vez que se me vino a la cabeza la frase
del autobús de dieciséis asientos que traqueteaba entre
Los-Islet y el Mercado, con su crujido de carbón
sobre la alfombra de basura vegetal tras las ventas del sábado,
los ruidosos bares de ron, ante cuyas puertas de brillantes colores
veían mujeres borrachas en las aceras, lo más triste del mundo,
corriendo a tumbos su semana arriba, a tumbos su semana abajo.

En el mercado, al cerrar aquella noche del sábado,
yo recordaba una infancia de errantes faroles
colgados de pértigas en las esquinas de las calles, y el viejo estruendo
de los vendedores y el tráfico, cuando el farolero trepaba,
se ganchaba una lámpara en su poste y pasaba a otra,
y los niños volvían el rostro hacia su polilla, sus

os blancos como sus ropas de noche; el propio mercado
aba encerrado en su oscuridad ensimismada
as sombras peleaban por el pan en las tiendas,
peleaban por el hábito de pelear
los eléctricos bares de ron. Recuerdo las sombras.

autobús se llenaba lentamente mientras oscurecía en la estación.
estaba sentado en el asiento delantero, me sobraba tiempo.
iré a dos muchachas, una con un corpiño
pantalones cortos amarillos, una flor en el cabello,
sentí una pacífica lujuria; la otra era menos interesante.
quel anochecer había recorrido las calles de la ciudad
nde había nacido y crecido, pensando en mi madre
n su pelo blanco teñido por la luz del atardecer,
as inclinadas casas de madera que parecían perversas
su retorcimiento; había fisgado salones
n celosías a medio cerrar, muebles a oscuras,
ltronas, una mesa central con flores de cera,
a litografía del *Sagrado Corazón*,
honeros vendiendo aún a las calles vacías:
lces, frutos secos, chocolates reblandecidos, pasteles de
ez, caramelos.

ia anciana con un sombrero de paja sobre su pañuelo
nos acercó cojeando con una cesta; en algún lugar,
ierta distancia, había otra cesta más pesada
e no podía acarrear. Estaba aterrada.
dijo al conductor: «*Pos quittez moi à terre*»,
e significa, en su *patois*: «No me deje aquí tirada»,
e es, en su historia y en la de su pueblo:
lo me deje en la tierra» o, con un cambio de acento:
lo me deje la tierra» [como herencia];
'as quittez moi a terre, transporte celestial,
o me dejes en tierra, ya he tenido bastante».
autobús se llenó en la oscuridad de pesadas sombras
e no deseaban quedarse en la tierra; no, que serían abandonadas
la tierra y tendrían que buscarse la vida.
abandono era algo a lo que se habían acostumbrado.

yo les había abandonado, lo supe allí,
ntado en el autobús, en la media luz tranquila como el mar,
n hombres inclinados sobre canoas, y las luces naranjas
la punta de Vigíé, negras barcas en el agua;

, que nunca pude dar consistencia a mi sombra
ra convertirla en una de sus sombras, les había dejado su tierra,
s peleas de ron blanco y sus sacos de carbón,
odio a los capataces, a toda autoridad.
e sentía profundamente enamorado de la mujer junto a la ventana.
ería marcharme a casa con ella aquella noche.
ería que ella tuviera la llave de nuestra cabaña
nto a la playa en Gros-Ilet; quería que se pusiese
camisón liso y blanco que se vertiera como agua
bre las negras rocas de sus pechos, yacer
nplemente a su lado junto al círculo de luz de un quinqué de latón
n mecha de queroseno, y decirle en silencio
e su cabello era como el bosque de una colina en la noche,
e un goteo de ríos recorría sus axilas,
e le compraría Benin si así lo deseaba,
que jamás la dejaría en la tierra. Y decírselo también a los otros.

rque me embargaba un gran amor capaz de hacerme romper en llanto,
na pena que irritaba mis ojos como una ortiga,
nía ponerme a sollozar de repente
el transporte público con Marley sonando,
un niño mirando sobre los hombros
l conductor y los míos hacia las luces que se aproximaban,
cia el paso veloz de la carretera en la oscuridad del campo,
; luces en las casas de las pequeñas colinas,
a espesura de estrellas; les había abandonado,
; había dejado en la tierra, les dejé para que cantaran
; canciones de Marley sobre una tristeza real como el olor
la lluvia sobre el suelo seco, o el olor de la arena mojada,
el autobús resultaba acogedor gracias a su amabilidad,
cortesía, y sus educadas despedidas
a luz de los faros. En el fragor,
la música rítmica y plañidera, el exigente aroma
e procedía de sus cuerpos. Yo quería que el autobús
guiera su camino para siempre, que nadie se bajara
lijera buenas noches a la luz de los faros
omara el tortuoso camino hacia la puerta iluminada,
iado por las luciérnagas; quería que la belleza de ella
netrara en la calidez de la acogedora madera,
te el aliviado repiquetear de platos esmaltados
la cocina, y el árbol en el patio,
ro llegué a mi parada. Delante del Hotel Haleyon.
vestíbulo estaría lleno de transeúntes como yo.

uego pasearía con las olas playa arriba.
e bajé del autobús sin decir buenas noches.
c buenas noches estaría lleno de amor inexpresable.
guieron adelante en su autobús, me dejaron en la tierra.

tonces, un poco más allá, el vehículo se detuvo. Un hombre
itó mi nombre desde la ventanilla.
miné hasta él. Me tendió algo.
me había caído del bolsillo una cajetilla de cigarrillos.
e la devolvió. Me di la vuelta para ocultar mis lágrimas.
o deseaban nada, nada había que yo pudiera darles
lvo esta cosa que he llamado «La Luz del Mundo».

OCÉANO NOX

(Para Robert Lee)

¿Qué clase de luna emergerá flotando entre los almendros
como una oscilante boya en el oleaje de los árboles?
¿Una media luna, como una daga persa?
¿Una bóveda capitolina con amplias esferas de influencia?
¿Una con una marca de nacimiento como la cabeza de Gorbachov?
¿La luna henchida de su propia importancia,
¿La terna de un vigilante con pilas nuevas,
¿Se sorprenderá el gotear del desagüe de una cocina,
¿Irá a ver un cangrejo a la verja de tela metálica del hotel,
¿Cambiará de opinión como un ladrón nocturno,
¿Aminará bahías con el cerrojo echado, agitando la cadena de la espuma.

¿Anquila como un reloj de cocina sin manecillas
¿Alto de un estante del aparador de esta casa en la playa,
¿Luna mira fijamente un mantel de plástico,
¿El que reimprime la sombra de un ratón
¿Clinado como un fraile mordisqueando las bayas
¿Su rosario con dedos más ágiles que su boca;
¿Entonces las islas eran las joyas de una Infanta,
¿Minutas hormigas acorazadas, en fila india,
¿Habían sus estandartes cantando «Sancta, Sancta
¿Mariana», y después se dispersaban en armadas
¿Cerca el agrietado pastel de bodas de su congelada sonrisa.
¿En su frente fuertemente vendada como la de una monja
¿Una lavandera negra que ha colgado las velas,
¿Vendadas, en el tendedero, fue una vez
¿Reina Virgen cuyo esplendor atraía a los caracoles
¿Los cornudos galeones con su baba argentina,
¿Lidos limacos en la arena. Remordimiento insomne.
¿Más allá de todo ahora, y lejos ya de su juventud
¿Mente vaga en otro tiempo verbal;
¿Cucha el oleaje del cañón, las galernas de las frondas de las palmeras,
¿Ve, a través de las borraduras de su rostro,
¿Los pecios que bautizó: *Invencible, Venganza*.

Océano Nox. La noche le susurra al océano.
¿Guardia con capa de policía patrulla

frontera de alambre del hotel. Respondo a su saludo.
La linterna oscila a través de una espuma de sal,
sobre la vieja colina de calaveras
de peladas cortezas de cocos, la falla original
herida por la oscura conmoción de los bajíos;
nada un *reggae* bajo una luna tan brillante
y se pueden leer las manos a su luz. Una banda de metales toca
los *assandos* de oleaje en torno al cenador de la piscina del hotel,
batiendo el arco voltaico de la luna.

La oleada de sonido, un eco en lo alto
que no altera el óvalo de la luna en la piscina),
se late en la memoria cuando, camino del colegio
a la universidad, añoraba el teatro
y las altas nubes marlowianas, mi herencia
de ese mismísimo gran globo, y lo que leí
se metió en mí como las olas, que reabren los mojados
suyos de la arena y forman torbellinos en el fondo de la caverna,
aquella que en la pared de esta casa de la playa, siglos más tarde,
firmó las líneas del mar, y retroceden
allí el rubí y esmeralda de un reactor que se pierde en la distancia:

«Negra es la belleza del más luminoso de los días».
Negra la circunferencia en torno a sus anillos
que irradian desde la negra invisibilidad,
negra es la música que la redonda boca de ella canta,
negro es el telón sobre el que brillan las diademas,
negra es la perfección de la noche, que oculta sus defectos
excepto la grieta de la línea del horizonte;
ahora todo está cambiando, pero en tiempos mi foco de atención
estaba en la luna llena, no en lo que rodea la luna,
no la linterna de un vigilante, no en el vigilante,
hipnótica estela de la Historia.

Le he enumerado sus bellezas toda esta semana,
su blanco disco se mueve como la lente de una cámara
o el largo del ébano de una mejilla de alto pómulos,
le refiero a la de Anne Daniels, la de Laurretta Etienne,
sus bocas talladas en arco, el medio globo de sus ojos serenos,
perfiles tan pulimentados que su piel rechinaría
si se frotara con el dedo hueso arriba,
su risa blanca como las rompientes en su sonrisa,
demasiado modestas para ser actrices, ambas

vueltas en algodón marino, procedente de Benin.

océano Nox. Los relojes reanudan su movimiento,
láser del faro se desliza sobre una ola;
a era diferente susurra al océano,
; frondas tomarán de la mano a la vieja luna
a conducirán suavemente a una tumba de nubes;
izo la hierba oscurecida de vuelta a la casa;
tonces todo su resplandor vuelve,
nvirtiendo a las ranas en relojes de sol sobre el césped;
y un anillo en torno suyo, que vaticina lluvia,
no representa nada más, en esa cara inexpresiva,
e la inocencia de la Historia o su remordimiento.

ejemos pues que su luz se disuelva en la memoria de
arta y terciopelo del cuello de una nube,
cureciendo los baldosines cuadrados de una mesa de cocina,
mortiguando los vítores de una multitud de rompientes
e aplaude lanzando cimas de espuma hacia el espacio
cerrar la puerta y echar el cerrojo, al
nsar en mujeres con cuellos flexibles
mo las palmeras que se inclinan, y observar cómo el ratón
escurre de vuelta a su madriguera. La pluma de una palmera araña
pergamino del tejado. En la base de una lámpara de latón,
evas moscas, y restos de cerillas de madera.

ia garabateante plaga de moscas. Vete a la cama.
as la lluvia de la mañana, el almendro estremecido
sacudirá el sudor de la pesadilla de su inclinada cabeza.
s olas alisarán la página de arena e incluso
; cúmulos cambiarán su idea del paraíso
limpiar el sol el plumín de una fronda de palmera,
en las húmedas colinas, congregaciones de aves
deban una nueva lengua, porque éstas son sus costas,
a vieja luna mira boquiabierta, sin palabras,
mo cualquier fantasma al cantar el gallo, mientras una fuerza
ita las palmeras, alegrando sus corazones y los vuestros.

PESCA NOCTURNA

dal, palangre para cada palabra
n el balanceo nostálgico
una negra piragua anclada
fósforo balbuceante.

s antorchas de los pescadores de cangrejos
¿uen la tortuosa línea de las olas,
a página de una nube se calcina
medio de un olor a queroseno.

s espinosas estrellas aureolan
negro grito de la sibila:
pothenein thelo
ihelo morir».

ro el sedal, vivo en las profundidades
e los ignorantes bajíos explotan,
iza entonces los plateados nombres
as canoas boquiabiertas.

PARA NORLINE

ta playa permanecerá vacía
ra nuevos amaneceres color pizarra,
líneas que las olas continuamente
rran con su esponja,

alguna otra persona vendrá
la casa aún dormida,
tazón de café calentándole las manos
mo en otro tiempo mi cuerpo acogió el tuyo,

ra memorizar este pasaje
una golondrina sorbedora de sal,
mo cuando se ama una línea en
a página, y se hace difícil pasarla.

2. EN OTRA PARTE

ORACIÓN DE ALABANZA A W.H. AUDEN

*(Leída en la Catedral de St. John the Divine,
Nueva York, el 17 de Octubre de 1983)*

I

o hay duda, ese rostro cuarteado
já profundamente fruncido, y debe de detestar
esta solemne basura,
stiado de nuestra farsa canonizadora,
modo de ensalzarnos a nosotros mismos, con versos
a vez devotos y pretenciosos.

on todo, tal vez nos perdone a aquéllos que nos reunimos
contra de su voluntad en relucientes bancos de iglesia
a tarde de otoño;
l mismo modo que los mapas recuerdan a los países, el semblante
fine al hombre, y el suyo aparece
vocado por nuestras súplicas.

da rasgo de granito, agrietado y nítido
mo la tierra en Giotto, es
ecuado para este presbiterio,
boca burlona con sus paréntesis de dolor,
s ojos de lagarto cuyo lema es:
s opuestos se anulan.

que otras voces se deleitarán
n todo lo que dejó el cuerpo del
iden mortal
glos después de que Kirchstetten
erara a su inquilino del Tiempo y su carga
a luz de las velas;

rque aquello que añoramos es en la misma medida
estro propio destino, cegado por la luz
su extraña llamada,
una vez que abandonemos esta iglesia en penumbra
nos encontremos en las aceras en la noche
ra ver la caída

una hoja como un serafín rubricando el arco
la luz de una farola, y sigamos nuestro camino
cia egoístas futuros,
estros pasos al resonar en la oscuridad
la calle tendrán, como compañía,
sombra.

l otoño es cuando las pequeñas guerras emprenden
s ebrias ofensivas; los cielos giran
n vacilantes haces exploradores;
ro tú, que abandonabas todas las fiestas a las nueve,
cías que la guerra, como el verso libre, es un signo
muy mala educación.

ta noche, cuando cada parabólica despliega
n picos de sonar su amplificada
cción junto a la chimenea,
s guardamos las tuyas para nosotros, una voz
erior, intrincadamente cableada
mo nuestra salvación.

II

¡ tu llano mundo de silencio
¡ fisuras que produce la palabra
cierran. Una lavandera rubrica
margen de una playa.

onto, desde las silbantes tundras,
¡ gansos que siguen el arco de la tierra
contrarán con precisión unas Indias
la oscuridad con olor a lima.

uestras conjugaciones, Maestro,
¡uen basándose en el batir
alas que dio su forma a
estro alfabeto cuneiforme,

nque las trituradoras zumban iracundas a través
la tarde de neón,
os diales guían el matrimonio de la tierra
n una irascible luna;

el provocador Arturo,
el visible zumbido de Saturno
¡uestran, en sus esferas, un coro
epitalamio;

anto más lejos está la estación espacial
su soporte newtoniano,
¡to más aumenta la conversación del hombre
nsigo mismo.

¡ tiempos, más allá de una capilla de madera,
nquilas calles coloniales abajo,
¡ elevados acordes de Wesley^[9]
an recios como gargantas de minero;

la traición como en la unión,
¡esar de los daños infligidos por tu Imperio,
lebré allí mi primera comunión,
n la lengua inglesa.

e esta desposesión

que hizo de la posesión un gozo,
ando, estricta como un salmo o una lección,
rendí tu poesía.

III

nochece. Palomas grises comen con glotonería
bre la pizarra de St. Mark. Un rostro
s sobresalta con su contorno
escaleras de incendio iluminadas por el sol.
l sombra en pantuflas se apiada
las barandillas entre las que se mueve,
minando con un *Nunc Dimittis*
ciudad que aún ama.

l oficio que extrañamente escoges
a boca para que hable por todas,
l Luz a la que ninguna oscuridad rechaza,
l Espacio impenetrable,

a, entre las constelaciones,
chispa que aquí honramos,
ya planetaria paciencia
oite su terrena oración:

e la Ciudad sea Justa,
a humanidad bondadosa,
la gabarra se mueve, cubierta de óxido
el viento del East River,

as desembocaduras de todos los ríos
án encalmadas, y los estuarios
splandecen con la estela que otorga
artesano el don de la paz.

EN OTRA PARTE

(Para Stephen Spender)

En algún lugar un caballo blanco galopa con sus crines al aire
rroveando en torno a un campo cuyos postes
están rodeados con alambre de espino, y los hombres
arman piedras o reúnen las gavillas en almiar.

En algún lugar las mujeres están hartas del embozado sollozo
del mar, ya que los esquifes de los pescadores
siguen haciéndose a la mar. Es azul como la paz.
En algún lugar están ahitos de historias de torturas.

En algún lugar hubo un arresto.
En algún lugar se recogió una pequeña cosecha
de cadáveres en un camión. Los soldados descansan
en algún lugar junto a una carretera, o fuman en un bosque.

En algún lugar ruge la ira en una conferencia
sobre una atrocidad. En algún lugar se arranca
una página, y de algún modo el follaje
parece ya hojas, sino camuflaje.

En algún lugar hay un camarada,
un escritor que yace con los ojos muy abiertos
sobre el tictac de un colchón, que no leerá
nada, ni escribirá. ¿Cómo hacer una pluma?

Quieren aquí Ubres por algún tiempo, pero
en otro lugar, en una tercera, o una séptima parte
de este planeta, la sumaria culata de un fusil
avienta un cráneo introduciendo en él la idea de un paraíso

donde nada es gratis, donde el aire azul
es frágil como el papel, y todo aquello que escribamos
está sellado dos veces; una carta azul,
una garganta hendida por el abrecartas del estado.

En el otro lado de estos negros barrotes
hay rostros emaciados. Los dedos
aferran a los travesaños de estas estrofas

esto ocurre aquí, porque en otro lugar

las miradas se difuminan en el olvido
fuertemente, como los números sin rostro
que nos desconciertan en la guía
telefónica. Como las masacres del año pasado.

El mundo está libre de culpa. El crimen más oscuro
hacer de la conciencia una profesión,
extraer a través de nuestros propios nervios el grito silencioso
de las ramas del invierno, interpretar los prodigios como signos.

VAPOR

(Para Leslie Epstein)

mujeres envueltas en mantones espantan cuervos negros de un campo de rastros.
han a volar como letras, se posan de nuevo en esvásticas.
la estrella roja brilla en una hoz, las mismas mujeres envuelven
el candelabro de siete brazos en un colchón.

en una penumbra cobriza alguna Judith pela una cebolla
si hasta el corazón. Metales graves bordonean monótonamente su fe.
ñños enguantados aporrean la puerta de la cocina. Ella la entreabre.
la cabeza de Holofernes se pudre en un cuchillo de pelar patatas.

recuerdo a la abuela de huesos de pájaro trinando al son del chirrido
de un eje. Una nota aguda, otra grave.
cicletas, carretillas, coches de niño, vagones de carga
siguen como una semana
en la niebla al borde del campo, un arroyo que fluiría

hasta el confín de esta tierra. Los topos de hocico de estrella
se olían llegar y se retiraban silenciosamente,
volviendo de nuevo sus aterciopeladas pieles en agujeros.
las estrellas por su parte no hacían nada, pero observaban.

cuando tu propio nombre te suena extraño, estás en
una provincia extranjera. Gritaban los nuestros en columnas
alguna *Strasse* bajo el dominio del cuervo negro.
la lluvia enumeraba nuestros cráneos. Nos convertimos en sumas.

pero en el 10. En mis manos. Pero pasando de 1.000.000
se cansan como cangrejos. Todos esos cerros calvos
son por suma una mentira, los huevos de piojo arremolinados
en la cabeza mal afeitada de un niño.

pero el Arte estaba con nosotros. Nuestras camisas eran los compases
los manuscritos que alimentaban los hornos.
a través de las tiznadas cuencas de ojos huecos como oboes
sonamos esos trémulos *scherzos* de Beethoven.

después, nos hacinábamos, avergonzados como Adán. En un rincón alicatado
había un tubo de caldera. Padre, si nos sentimos traicionados,

rdona a nuestros espíritus, que creían que la sauna de Zyklon
exterminaba a Ti, a cuya imagen estábamos hechos.

omo árboles en la niebla, los hombres siguen siendo horcas ambulantes
e cruzan un campo labrado en cuyo perímetro
eleva el humo de un estercolero o un horno de gas
blando este globo, empañando el cristal.

ia ventana rajada puede hacer ralear la temperatura
un baño humeante, el cabello arremolinado de un espejo;
; ceros que burbujan en el agua desnuda, adoquinada,
rgotearán y desaparecerán al tirar del tapón,

ro la niebla de los campos de patatas, el error al que
hn Webster llamó «una neblina generalizada», condensada
el obstinado empañamiento de un espejo de baño,
puede eliminarse por deprisa que giren las manos.

AMÉRICA CENTRAL

os helicópteros cortan como machetes los plátanos silvestres.
tre un pulgar y un índice de nicotina
giles rostros se deshacen como hojas de tabaco.
os niños chapotean en camiseta, sus piernas arqueadas,
queños camarones enroscados bajo sus ombligos.
os dientes de los ancianos son tocones en un bosque calcinado.
s pieles raspan como la de la iguana.
mirada es como de pizarra.
s mujeres se sientan junto al solaz del río
e los niños vadean con el agua por las rodillas,
na vara agita un centelleo de mariposas.
lá arriba, en los acres azules
bosque, las moscas vuelan en torno a sus padres,
primavera, en las provincias altas
l Imperio, tanagras amarillas
ciernen entre las ramas desnudas.
se distingue desde esta distancia.

PAZ ROMANA

rápida decadencia como las hojas de los bosques de Germania,
senil Augusto se lamentaba a gritos por sus legiones
o largo de erectas columnatas. Al anciano le deprimió más
a derrota en particular que sus victorias. Bueno, las leyendas vivas
ven constreñidas por la locura y la morbosidad.
torchas maniatadas magnifican su sombra
entras se dirige a la cama, y sus sandalias arañan el sucio
mo un palo que rastrilla hojas podridas y correosas.
npuja descarnadas ramas a través de las mangas
su camisón, y reza pidiendo descanso.
lo la lanza de una vela guardará su sueño.
flema marmórea de Roma yace sobre su pecho.
esfinge mira la arena con ojos sin párpados.
i legión, mi legión, dejad que el anciano se lamente;
tumba es menos profunda que los suspiros del joven Alejandro.

pillaje, las espadas melladas, el acero brillante como el fuego
scansan como lenguas en sus vainas. Un murciélago
ela en torno al lechoso parió, una moneda
n un perfil devorado echa carreras a las estrellas
cia Alemania, donde en las lanzas de la legión han brotado
jas después de la ignominiosa guerra, y las heridas del combate
n sido suturadas por el musgo. Un búho observa fijamente
bebe la luz de la luna con sus ojos de plato.
n sólo un búho. No Minerva. El trono,
i nalgas que lo calienten, alarga su sombra. Una rata
temblorosa nariz se yergue interrogante,
spués, desconfiando de tanta paz, se desliza como una hoja muro abajo.

SALSA

Morro tiene un ojo, una ranura.
piedra dura y gris, con un visor
mo el yelmo arañado de un conquistador.
tos días no pasa gran cosa en sus alrededores.
fronda de palmera se oxida como una espada castellana.

ro allí, las mujeres tienen piel de granada
ojos como aceitunas negras, y cabello que brilla
ul como ala de cuervo, si son indias.
los indios eran toltecas y no recuerdo
é más. Pero en los Ramada y los Holiday Inn,
vestíbulos con chorros de agua y plantas
medas, un combo de salsa canta:

«¡Ay, caramba, gringo!
¡Empieza a parecerse a la de Nueva York!
o Miami, mi amigo, *la lengua*
que hablan las susurrantes palmeras!».

nto a los herrumbrosos y blancos muros de Cartagena,
árbol lee la palma de la arena,
ro sus líneas se desvanecen rápidamente; suena «Malagueña»
erpretada por una banda con sombreros de paja,
in gallo joven se pavonea con sus plumas de Quetzalcoatl,
as ennegrecidas frondas de las palmeras son vacas
adas a la parrilla por bandoleros, igual que las del Hilton.

da atardecer se escucha como maracas
estertor de muerte del bajío,
in viento como una flauta de bambú,
ófonos de huesos en la hierba.

DOMINGO EN LA VIEJA REPÚBLICA

lí donde una catedral muestra
faz anaranjada hendida por el sol,
cos en abanico y rosetas,
in carruaje adornado con negras borlas

aviesa desde siglos pasados
verja de hierro negro
l parque que respira
ravés de esas costillas, las doncellas

niegan de los traspiés de los niños
nto a los lagos artificiales
los que flotan errabundas multitudes de
ios, un barbado *fin-de-siècle*

posa su brazo en la curva de mostacho
un banco de hierro. Sombreros de seda,
ugados trajes de vaporoso lino,
ibélulas cuyas alas de gasa

desvanecen como arco iris.
entiras. Jamás fue así.
nás hubo paz alguna
las varillas de las sombrillas,

rque la paz sólo existe
a prosa umbría
la imaginaria república, en sus
nzos impresionistas.

ndero abajo, por el viejo camino color
elocotón, suena el organillo de
ex-combatiente, un parche
lugar de un ojo siguiendo el interrogante de la cola

os ojos de su mono,
e parecen siempre asombrados
r la cadena que rodea su cintura
por los gritos de las niñeras

os niños que hay al borde

l prado que se oscurece,
nde un cisne y sus crías
dan cada vez más deprisa

a corriente abajo.

COLONIAL FRANCÉS. «VERS DE SOCIÉTÉ»

o puedo mirar a los ojos a un ex-combatiente,
o un embajador, o acabar de leer la prosa
de las autobiografías, bloques de historia,
pasear por bulevares largos como óperas.

aurois, o Mauriac —pero no Malraux,
justo marxista, profeta del *Destino del Hombre*—
algo que leí hace muchos años
se me quedó grabado, sin recuerdo preciso de la fecha,

comparaba la simetría de una obra de arte
con un reloj de arena. A los franceses se les da muy bien
este tipo de cosas; todo gabacho es un Descartes:
«*ergo* ergo, esa evidente *bêtise*.

recuerdo que la atmósfera de Martinica
era confortablemente colonial —tabaco, marquesinas, Peugeots, gendarmes de rosa,
orgullo expresado en un lenguaje que yo no osaba hablar
y despreocupadamente como las gesticulantes palmeras

de Argelia y Dien Bien Phu—
nauseabundo sentido de la tradición y el orden
girando en torno a las estatuas de Josefina o de Schoelcher,
que era una cultura que aborrecía el agua,

contaminaba todo con el adecuado buen gusto—
luz, los ponches, Cinzano en los ceniceros.
Nuestra ciudad recibió su nombre del marqués de Castries,
no el general que perdió Francia ante los vietnamitas.

o no es importante. Hoy sólo una diva es tan grande
como un imperio. Un reloj de arena. Es por ello por lo que
el dígito más simétrico es el 8—
arte de unas gafas, una *Madame Butterfly* de alas redondas.

MIMÍ, LA CASI-SUICIDA

guien le dijo que tenía ojos tristes, interesantes.
Después de eso, se acabó todo. Se detuvo junto al puente.
Escuchó las curiosas irisaciones serpenteantes del río.
No debo dejarme caer para hacer una visita. Buena promoción profesional:
Virginia Woolf, Mrs. Woolf, y esa *feministe garbage*.
Al final mucho mejor que un amor sencillo y provinciano:
La acera empapada, una bolsa de papel marrón mojada.

FAMA

to es la fama: domingos,
a sensación de vacío
mo en Balthus,

llejuelas empedradas,
minadas por el sol, resplandecientes,
a pared, una torre marrón

final de una calle,
azul sin campanas,
mo un lienzo muerto

su blanco
arco, y flores:
adiolos, gladiolos
architos, pétalos de piedra
un jarrón. Las alabanzas elevadas
cielo por el coro

errumpidas. Un libro
grabados que pasa él mismo
; hojas. El repiqueteo

tacones altos en una acera.
n reloj que arrastra las horas.
n ansia de trabajo.

MAÑANA, MAÑANA

recuerdo las ciudades que nunca he visto
exactamente. Venecia con sus venas de plata, Leningrado
con sus minaretes de *toffee* retorcido. París. Pronto
los impresionistas obtendrán sol de las sombras.
¡Ah! y las callejas de Hyderabad como una cobra desenroscándose.

haber amado un horizonte es insularidad;
cualquier visión, limita la experiencia.
El espíritu es voluntarioso, pero la mente es sucia.
La carne se consume a sí misma bajo sábanas espolvoreadas de migas,
implorando el *Weltanschauung*^[10] con revistas.

Hay un mundo al otro lado de la puerta, pero qué inquietante resulta
contrarse junto al propio equipaje en un escalón frío cuando el alba
pinta de rosa los ladrillos, y antes de tener ocasión de lamentarlo,
ve el taxi haciendo sonar una vez la bocina,
deslizándose hasta la acera como un coche fúnebre— y subimos.

ARROYOS

empre que la lluvia iluminada por el sol
rastra sus redes chorreantes
bre las oscuras colinas de detrás del cerebro,
cucho una y otra vez un Gales
batido por el viento que resulta refrescante.
s pastos se iluminan con noticias
ovejas agujoneadas por la llovizna,
Gales, en toda su verde extensión,
sde la pizarra mojada al torreón,
el ruido de riachuelos de las colinas de escoria
alza con la voz de mí madre
su viuda, arbolada fortaleza,
entras los *pubs* se transforman en iglesias
a luz del hogar con lengua de cerveza se apaga
hablar de Taliesin^[11].

s arroyos relampagueaban allí como hebillas,
raigados apretones de mano
n voz de pana se cerraban
bre mis muñecas, y escuchaba un lenguaje
cho de piedras mojadas y brumas
cada tozudo signo bilingüe,
el país iluminado por las nubes de Vaughan^[12];
a bajo las colinas de escoria la ira
abolicionistas negros de carbón,
entras con el harapiento vestido
un arroyo desgarrado en encaje al sol
princesa de cabellos de brezo
cía una reverencia con su garañón blanco como la leche,
corporándose a las bordadas hojas del
iguaje de Taliesin.

ro vi el pecado capital de Gales,
Rhondda^[13] acongojado por un
encio mineral, y a una jábega
ciar Aberystwyth.
ltre grandes y agobiadas chimeneas
Sabbaths sin humo, los estorninos
a deriva sobre cenizas, las canoas

rmían boca abajo en la arena, ningún himno
rgía de las negras gargantas de las minas
si, sobre ellas, se escuchaba el canto
una alondra, era la única máquina
n poder para «Ser un Peregrino»
las paradisíacas millas
l país de Taliesin.

conocía la condición colonial.
la verde estación carbonera
nuestra bahía, había mañanas
antracita, en las que rezábamos
duros bancos, y oíamos sermones
cíos como los embarcaderos, y veíamos las deshilachadas
uniones de mineros con rostros tiznados como cómicos^[14]
bre los adoquines mojados, descubiertos de sus pacientes
rras en la misión de la noche;
el canto es el primer sometimiento,
canturreaba para mis adentros las frases
la fe de mi infancia mientras me dirigía
s la estela del sol iluminado por la lluvia
cia las ovejas y las mojadas colinas de Gales
bre la hierba de arpa de Taliesin.

FAROLAS DE INVIERNO

ertenecen al pasado estos
as sin tarde,
yas farolas como báculos
cen las mismas preguntas?

Te reirás en la escalera
r mi torpeza con la llave?
stará vacío todo el día
espejo de tu dormitorio?»..

estruendo del tráfico
ce caer nieve de un puente.
. capa de hielo se rompe
r la grieta matrimonial.

viento toca suavemente mi hombro
ra que cruce en el momento propicio;
; motores agazapados tiemblan
su línea de salida.

bre la nieve embarrada de la acera
e lleva a nuestra casa sin luces,
so junto a la iglesia cerrada
su horario de atención al público,

o largo de calcinados pasillos
esqueléticos árboles
i signo alguno de la flameante sobrepelliz
un cardenal;

dos bursíticos
contraen en una verja blanca
el inmenso iris se vuelve
is por las cataratas,

entras delante de mí mi deseo
adelanta a cada habitación
cionando interruptor tras interruptor
ra darse la bienvenida;

nsformado en una de las sombras embozadas

nuestra calle, paso ante
ntanas anaranjadas
las que los matrimonios se llevan bien,

rriendo mi bigote
n una lengua que percibe
tus labios, sino cenizas,
una chimenea apagada,

a amarga ceniza gris
mo la que producen los leños de abedul,
zando cada pestaña
n su maquillaje de neuralgia,

ial que el liquen que se extiende
ltiplica sus células blancas,
estro bloque blanco está tan afectado
mo el de aquel hospital,

nde se perdió nuestro hijo,
entras yo miraba a través de un cristal
mo pasaban con sus sábanas blancas
; fantasmas de las madres.

. nieve se amontona
bre las verjas, su acumulación
nvierte los pinchos de hierro
puntas de flecha;

re la blanca pradera de Brookkline,
soplan formas encorvadas, hirsutas—
n la cabeza gacha, en menor número cada año,
mo el búfalo

esta segunda Edad de Hielo
e nos ha sido prometida
r la ira de los furibundos predicadores
os científicos de bata blanca

en la última farola,
te la puerta de color pardo,
ento que el calambre del invierno
e atenaza aún con más fuerza.

lamascadas telas de araña
ornan los entrepaños; se congelan
sta que la máscara de arqueadas cejas
la Tragedia estornuda

bre las fachadas de los teatros de nuestra
media, y copos de yeso
en sobre los muebles
l amortajado Boston, y en menos

lo que tarda en hundirse el pozo de una mina
o el agujero negro
que hemos convertido el cielo.
e limpio las suelas de las botas

el escalón. Después pateo
puerta sellada por el hielo.
o puedo atravesar su barrera
ra llegar al fuego del núcleo de la tierra.

da vez me asusta más
hilera de vestidos
lgados como preguntas, el amor de
a horquilla me atraviesa.

. llave no entra.
se ha hinchado
el metal ha encogido. Lucho
n la cerradura. Después me recuesto,

leando humo. La desesperación
ede ser vasta, puede blanquear
Ártico, pero está claro,
entras obligo a la puerta a abrirse

e no es realmente el fin de
e mundo, sino del nuestro,
e ya he tenido bastante
cualquier tipo de amor ahora que te has ido.

. fría luz del horno
nríe de nuevo ante la noticia.
meto nuestra colcha alisándola.

e acuesto con los zapatos puestos.

nto a la cama, un sedimento marrón
za estrías en mi taza de café.

vidé comprar sal.

omo de pie.

e perdido mí fe en las respuestas,
; manzanas, la luz del hogar, el pan,
las ventanas cuyas ramas
dejaban fría, y te aburrían.

PARA ADRIÁN

14 de ABRIL, 1986

*(Para Grace, Ben, Judy, Junior, Norline,
Kaíryn, Gem, Stanley y Diana)*

ira, y verás que los muebles se desvanecen,
e un armario es tan insustancial como una puesta de sol,

e puedo ver a través tuyo, del tejido de tus hojas,
luz detrás de tus venas; ¿por qué sigues sollozando?

os días se escurren entre los dedos de la luz como polvo
como entre los de un niño la arena. ¿Rompes a llorar

ando miras las estrellas? Cuando miras el mar
o sientes colmado el corazón? ¿Piensas que tu sombra

ede ser tan larga como el desierto? Yo soy un niño, escúchame,
invité ni inventé a los ángeles. Es fácil

¿un ángel, hablar desde más allá de mis ocho años,
ar investido de más autoridad vestal, y saber,

rque ahora participo de una sabiduría, no de un silencio.
or qué me echáis de menos? Yo no os echo de menos, hermanas,

a Judith, cuyo cabello ondeará como el del leopardo
el orgullo de su juvenil porte, ni a Katryn, ni a Gem

ntada en un rincón de su dolor, ni a mi tía, la de
s ojos suaves que han reconfortado al que esto escribe,

nunca os rompería el corazón, y deberíais saberlo;
nunca os haría sufrir, y deberíais saberlo;

no estoy sufriendo, pero es difícil saberlo.
y más sabio, comparto el secreto que es tan sólo un silencio,

n los tiranos de la tierra, con el hombre que apila harapos

un chirriante carro, y da la vuelta a la esquina

una plaza al atardecer. Medís mi edad equivocadamente.

soy joven ahora, ni viejo, sino un capullo

rtado antes de que floreciera, soy parte del músculo

un león al galope, o un ave volando bajo sobre

ñas oscuras; y aquello que en vuestro dolor, en vuestras caras

e aúllan como estatuas, llamáis un adiós

—me gustaría que me escucharais— una bienvenida diferente,

e compartiréis conmigo y conoceréis como cierta.

do esto habló el niño en mi interior, así que lo escribí.

mo si su tumba al cerrarse fuera la sonrisa de la tierra.

SALVOCONDUCTO

lke fue llevado a los cielos en un remolino.
Después de él, Pasternak.
Uno de ellos fuma con los serafines,
Otro ha regresado

Para caminar pesadamente junto a estanques congelados
En sus saucos abiertos como arpas,
Melena gris la de un garañón,
Corazón como el de Akhmatova^[15]

Como un caballo gris en invierno
E, a través de espesos torbellinos de nieve,
Irse haciendo cada vez más blanca esta página,
Incha, y aparece en ella.

PENTECOSTÉS

ejor una jungla en la cabeza
e hormigón sin raíces,
ejor sentirse perplejo
te la tortuosa calle de las luciérnagas;

¡ farolas en invierno no muestran
nde desaparece la acera,
tampoco pueden estas lenguas de nieve
blar en nombre del Espíritu Santo;

silencio que se alimenta a sí mismo
palabras arrojadas desde un tejado
ñala a lo largo de raíles de hierro,
a dirección, si no una prueba.

ro lo mejor es este oleaje nocturno
n lentos textos sagrados de arena,
e envía, no ya un serafín,
io un cormorán tardío,

yo grito al desvanecerse impulsa
ravés del bajío fosforescente
que, en mis evangelios infantiles,
lía llamarse el Alma.

LA JOVEN ESPOSA

(Para Nigel)

iz que todo tu dolor sea pulcro.
mueca las almohadas, alisa las esquinas
su colcha favorita.
cribe a quienes guardan luto por ella.

atardecer, después de la oficina,
corre el risco de un sillón,
valle de las sombras en los sofás,
follaje muerto de las cortinas.

h, pero el espejo —el espejo
e crees que ha descubierto
traidor que sientes ser—
empaña, por mucho que lo limpies!

is capullos del papel de la pared
se inmutan ante los apagados sollozos
e no deben oír los niños,
ante los cajones que no te atreves a abrir.

la se ha ido con aquel visitante
e se sentó a su lado, como el viento
rando suavemente la puerta del dormitorio;
fueron cogidos del brazo,

jando atrás la foto de boda en
marco labrado, un rostro sonriéndose
í mismo. Y el teléfono
ido. La carga

e arrastramos a este lado más pesado
la tumba no resulta reconfortante.
ro el voto que fue expresado
encaje blanco te ha traído
sta la linde misma
esa promesa; ahora, para algunos,
; púas del seto de espino
transforman alegremente en flores

el corazón en desconsuelo.
sol se reclina sobre el suelo de una cocina.
i sigues colocando el tenedor y el cuchillo
su sitio cuando pones la mesa para comer.

os niños se apropian del espacio
e deja una silla retirada
nada puede ocupar el lugar de ella,
nada y ahora aún más profundamente amada.

os niños aceptan tu respuesta.
sorprenden cuando ríen.
la está ahí sentada diciendo con su sonrisa que el cáncer
ata todo menos el Amor.

ELEGÍAS DE VERANO

I

ynthia, las cosas que hicimos,
estras manos cada vez más audaces
entras el sujetador desabrochado se deslizaba
bre tus hombros quemados por el sol!

mbloroso te lo quité
los cuartos de luna blancos
edaron desnudos como polluelos de gorrión,
ardieron tardes enteras.

amos un solo cuerpo en el agua
entras en las guiabaras una paloma
ullaba asombrados «Ooos» ante
; cambiantes formas del amor.

tiempo nos prestó toda la isla,
ora el calor y la imagen se desvanecen
mo el encaje de la espuma, como el bronceado
un hombro con una marca blanca.

. sal se secaba en cada fisura,
de cada día abrasado por el sol,
ancaba el tejido como papel
mi piel muerta;

laba como una pluma cuando soplaba sobre él
sde la renacida piel ungida con aceite,
itiendo que el amor podía renovarse
que era posible empezar una nueva vida.

1 día apacible. Ni una vela.
mar como papel de fumar
sado por una uña de pulgar roja,

después plegado en un pequeño cuadrado.

la bahía resplandece como papel de aluminio,
ondula como virutas de madera;
las tumbonas están ocupadas,
pero la playa está más vacía.

el viejo interrogante de la serpiente pende
de almendros o manzanos;
tenía el pecho de ella para reposar,
el resto era Historia.

II

da duele tanto como la palabra «California»,
hiriente luz de Los Angeles. En la inconclusa Venecia
fresco inacabado parece más falso en su profecía
e lo prometido: góndolas, *palazzos*, su propio Puente de los suspiros.
ulta bajo sus pintadas un paraíso dibujado.

ás penetrante que el olor de los eucaliptos es el del amoníaco
los retretes de la playa, había neblina pulverizada en el aire.
r aquel entonces mi corazón era capaz de dar cabida al Pacífico, ahora
es más que otro yermo gris, con sucias rompientes en la llamarada
una puesta de sol en verano, radios y barbacoas. Del mismo modo,

uí el carrusel hace girar su oxidado horizonte, más solitario
e una feria abandonada en la que los caballos blancos tallados
detienen con un crujido, y las atracciones mudan su parafernalia
otra playa: Malibú, San Francisco, Santa Bárbara.

citábamos los nombres de las avenidas, La Ciénaga,
co; me sentía complaciente hacia las falsas apariencias, las falsas fachadas españolas,
; polvorientas escobas de las palmeras; estaba ansioso
r arramblar con todo, por encontrar poesía en los anuncios del último lanzamiento

e ocupaban todo un tejado, las vallas que anunciaban un Sony, una nueva forma
vivir, la nuestra que, estábamos convencidos, era un mal menor, un Hertz
in Avis; ahora hay tantas canciones en las que figura
California, y la H de Hollywood hiere.

o había pensado tratar a la ligera la luz de
os Angeles. En realidad la veía pintando los pinos de las colinas.
blaba en serio, yaciendo bajo las frescas sábanas, pero no era más que el derecho de
alquiler ruina a reventar de flores durante un instante, flores extrañas, vigorosas
enredaderas.

ocasiones hay más dolor en una canción pop que en toda Camboya,
ése es el problema, el corazón pone el amor por encima de
lo, cualquier otro dolor —Chernobyl, una masacre—,
lenta descomposición del mundo están ahí; no podemos eliminarlos.

ironía de esto, Cynthia, es que nunca logramos ser dueños de
o corazón. Debo sonreír, o morir, de ahí esta frivolidad.

r eso este fingido buen tono, estas estrofas de escaparate como una *boutique* elegante
un desierto semitropical. ¿Debo poner fin a las chanzas y hablar
nombre del alma? El alma, ¿no era ella acaso tu hermoso y final resplandor?

lo se correspondían perfectamente vuestros cuerpos? Hueso a hueso, un
lagro de calibración y métrica, ¿acaso la forma de los
ojos y la pequeña cavidad bajo su garganta, no
naban con la misma facilidad con la que mi mano encajaba bajo su húmeda nuca?
la se amoldaba a mis costillas como una barca.

lmemos el final de esto ya. Que la última línea
a un estudio vacío tras el rodaje. West Venice cambia sus filtros
ra el fundido en negro. Nos convertimos, dijo Borges, en libros cuando estamos
muriendo.

o morí y no me convertí en libro alguno en la ciudad de los Ángeles.

UN CUARTETO DE PROPERCIO

I

xto Propertio^[16] vio a su Cynthia surgir abrasada
las llamas de un infierno cuyas libidinosas lenguas hablan
mismo lenguaje en todo el mundo, y gritó a aquella horrible máscara
vuelta en inflamable muselina, a las cuencas vacías,
árbol negro que se desmoronaba, «¡Mi Cynthia!». Este verano,
hice más que imitarle. Junto a la casa de la playa, la ventana de la alondra
pturaba con el sol del amanecer las ramas jóvenes de los almendros.
s piedras del hogar son negras, y sus cenizas humean
ando se apaga el corazón. El trapo de secar los platos
ele a humo. El infierno comienza con una chispa.
ta madrugada, alrededor de las cinco, en una ciudad al borde del invierno,
e sentí sobresaltado por un sonido incongruente, la pasión del canto del gallo,
dialecto que aullaba con su brillante lengua. El estúpido sonido
extendió definiendo la pendiente de una sinuosa montaña,
añó el cielo y se aferró a la cortina de muselina.
te es el precio que pagamos, Sexto, por los cerros de
; omoplatos bajo una sábana, por las hendiduras rendidas, los cuellos
marcados con rizos de angelical cabello. El gallo grita con el sonido de
a sábana desgarrándose y picotea las puntadas
n su pico. El precio que pagó ella fue un pendiente,
a cuya primera sílaba era Pecado, como la tuya era Sexo^[17].

II

Imagina Italia, Sexto. Vas calzado, sobre sus piedras rotas
se puede caminar descalzo, pero aquí las plantas de tus pies, desnudas,
no sienten el ruido del pasado del imperio en la resaca de la marea.
«¿Quieres que ver Italia sin falta antes de morir».
Cynthia me decía esto, semidesnuda en su cama,
prometí estudiar más cúpulas en nombre de San Pedro.
Pero, Cynthia, ¿cómo observar bustos de mármol después del tuyo? ¿Por qué,
viendo ambos intentamos aprender de memoria nuestros cuerpos?
¿Las propias estatuas elegirían la vida antes que el Arte,
aunque la bahía de Castries jamás haya visto a Gaudí,
sus frondas de helecho de los flamboyanes al atardecer son idénticas a las de Claude^[18].
«Yo me encargaré de que vayamos» dijo ella, «tengo dinero de sobra».
Sus hojas del árbol del pan se iban oscureciendo en el exterior de la blanca ventana,
¿y güiras salían silenciosamente de sus calabaceras,
¿y paredes de la cabaña se iban tiñendo de un tono anaranjado a lo Giorgione,
pero ella me animaba con ello. Vi su frágil sombra
dejar sobre frescos, susurrando bajo grandes arcos
entre columnas que atrapaban en sus poros una luz de miel;
¿y ranas empezaban ya a atronar desde la Llanura Pontina,
¿y gondoleros bogaban junto a los postes de nuestra cama con remos inclinados,
la luz marina en el techo fluctuaba como *palazzos* al hundirse,
pero ni siquiera por ti puede cambiar su lugar tu Propercio.
¿O podría tener lo mejor de dos mundos a costa de aquéllos
que sólo tienen un Tercero; mis góndolas son canoas.
La cocinera limpió de blancas espinas de un pez rojo un plato esmaltado.

III

ída de imperios que se desmoronan en su abismo infernal,
visión en las familias, divorcio, estructuras que se derrumban lentamente,
hetes que giran en bolas de fuego ante los asombrados augures
os ojos de Argo de los ordenadores; en la cama, donde más somos
sotros mismos, ¿qué eran ellos para nosotros, Cynthia? Otro espasmo,
scrito a las convulsiones del error humano,
igual que una pierna espasmódica se aquieta. La de un centinela en Afghanistan.
e volví indolente como Antonio desprendiéndose el precepto leonino
un hombro. No quería más laureles o palma ni imperio
e el tuyo, y lo llevé allá donde más a gusto me encontraba
entras ardían los horizontes; tú no deseabas ninguna otra columna.
i mejilla descansaría en un húmedo montículo de suave y dorado helecho
entras el áspid con su centelleante lengua se enroscaba en su cesta.
mañana descendió descalza por las pulidas escaleras con un albornoz
anco, y pronto el anillo del mar se volvió rojo con el calor bajo un burbujeante café
colombiano, y tu Propercio,
pie en tu fresca galería, inhalaba el sincero salmo
la salida del sol sobre las pequeñas bahías
abría rendido su verso a todos los Césares,
; falanges de estrofas en formación, a cambio de la paz
ntenida en el fresco mármol de tu brazo extendido.

IV

el reino perdido de Agosto, así llamado en honor de nuestro emperador,
sol, en días en los que en las playas la enredadera de la patata silvestre
re sobre las dunas enloquecida por la sed, y la arena se rasa
lesmorona como gigantescos bloques de mármol travertino,
rellas arden por la noche lejanas como las antorchas del imperio,
lejanas como estas villas isleñas del latín de un escolar,
de sentir la llegada del frío bajo una mesa de hierro forjado,
calor en ese brazo extendido transformarse en mármol,
ando dijiste, «Nunca he amado a nadie que fuera tan viejo».
si añades a esa edad la edad de Augusto,
os dieciséis mil soles que he visto expirar,
esar de nuestras diferencias, o como quiera que se diga,
or qué tu Propercio, Cymhia, nunca ha sido tan feliz?
escribe esto en el fulgor del otoño, a finales de octubre,
ligando a una vela a alejarse cada vez más de nuestra isla,
ando como sus versos se escurren como arena entre tus dedos;
escribe en otro lenguaje, tu venerable
xto, sobre una corteza que le es extraña, sobre árboles cuyo alfabeto
ena diferente, en el plateado tiempo de los abedules marcados con cicatrices,
extremidades envueltas en fuego, y firma Sexto Propercio,
sta que los árboles calcinados se yerguen en la nieve blanca como letras sobre el
papel.

MENELAO

humo de madera tizna el mar.
la hoguera baja la mirada.
breve la arena queda circundada de feas
nizas. Bueno, hubo días

los que, a través de sus ojos, gris
mo, vi la basura blanca^[19] que era
len: demasiado agotada para combatir
s costumbres gitanas.

a perseverancia suya,
erte y ardiente, ha desaparecido;
firme colina y el vacilante mar
reasientan al sol.

o le desearía a nadie su maldición:
e de las gargantas manen chorros de sangre,
e extremidades amputadas se conviertan en maderos a la deriva,
rque una ola haya alzado su bordada falda.

deo claros, encrespados bajíos
sin armadura, ni causa,
me inclino, dejando que
palmas de mis manos cubran de sal mis cicatrices.

ez años. Desperdiciados en una contienda
r unos ojos grises como el mar. Los de una ramera.
r debajo de mí, con incrustaciones de coral,
san torres, y un pequeño caballito de mar.

QUE DIOS LES DE FELIZ DESCANSO, CABALLEROS^[20]

Parte II

Vi a Jesús en el Proyecto.

Richard Pryor

En cada esquina es Nochebuena
en el centro de Newark. Los Magos caminan
abundados en abrigo negro abrazados a una botella
de alcohol desnaturalizado, y las prostitutas no hacen negocio
en las oscuras cunas de los portales.

Un rey loco rompe una botella en honor
a beneficencia, «Mataré a ese hijo de puta»,
y lo largo de negras manzanas en paro
el cielo está lleno de esquirlas de cristal.

Un autobús sale del espejismo de agua,
hipopótamo a la luz de húmedas farolas, y sigue su camino
vuelto en humo; todas las sombras parecen tambalearse
entre las abrasadoras alucinaciones de neón
vacilantes como una meada, faltas algunas letras,
tinguidas— a excepción de dos enfermeras blancas,
vocación aún más blanca
la oscuridad. Faltan dos días para las elecciones.

Hannenburg está lleno de tugurios iluminados por las estrellas.
anti-americano establecer semejantes conexiones.
Pasad en Newark como en Nochebuena,
viendo todos los hombres son vuestros hermanos, incluso
los; traednos paz en paquetes,
y no haya más botellas rotas en el cielo
sobre Newark, que no brille como un escupitajo
en el umbral de una puerta, pensad en el árbol

Navidad con la estrella dorada en lo alto,
la pegatina fosforescente para parachoques que vende un coche que pasa.

ja de tu propio Hijo, Madre y Virgen,
ande es el refulgir del firmamento de rascacielos
charcos de ácido, la estrella dorada en los escaparates de los almacenes,
a estrella amarilla en la apolillada manga de la noche
mo el abrigo negro que Él desgastaba con sus codos delgados como cuchillas
sde el *ghetto* al tren de ganado
e salía de Varsovia; en ningún lugar es Su advenimiento más inmanente
e en el centro de Newark, donde tres bombillas dan fe
la cuna iluminada por las estrellas, y el árbol canta villancicos
niño-gorrión: un raterillo negro con el abrigo al viento
guido por la estrella blanca de un coche patrulla de la policía.

EL TESTAMENTO DE ARKANSAS

(Para Michael Harpe)

I

bre Fayetteville, Arkansas,
a ladera conmemorativa de pinos
arda las lápidas de piedra de los
ídos por la Confederación
algún momento de la Guerra Civil.
s jóvenes piedras, tumbadas de espaldas,
s barbas ensortijándose como musgo,
tienen nombres; un golpe de viento ocasional
los pinos enumera su lista
entras el asedio centenario,
atrincherada metamorfosis
conos y acículas, continúa.
bre Arkansas pueden ver
ravés de los cimbreantes huecos
tre los pinos el azul de la Unión,
entras los troncos se vuelven cada vez más rojizos.

II

a mediados de invierno. El atardecer
día paso a los destellos metálicos
un sol que se rendía lentamente
bre las vallas publicitarias, escaparates y señales
o largo de la Autopista 71,
después sobre las puertas con números de bronce
mi motel de 17,50\$,
el metal de mi fría llave.
onfuso y agotado por el viaje,
í de espaldas sobre la cama de matrimonio
mo Saulo bajo los relinchantes caballos
el camino a Damasco,
ne quedé quieto, como él,
sta que mi nombre volvió a penetrar en mí,
percibí, a través de la puerta con la cadena echada,
mo la oscuridad se apoderaba de Arkansas.

III

devolví la mirada al techo de
lotex de la habitación 16,
n el abrigo aún puesto, durante minutos
entras la llave caldeaba mí mano
TV, teléfono, servicio de camareras,
na intuición del solar del aparcamiento
ravés de ladrillos de cenizas— nostálgico
islas con costas ribeteadas
mo la colcha, de color amarillo mostaza.
na cucaracha cruzó la oceánica
lombra con precipitados golpes de remo
sta un Sur que conocía, tranquilas
uas poco profundas de un verde cristalino.
tudié de nuevo cómo el resplandor
icre en una pared, hasta que un intrincado
ón garabateó en ella su firma.

IV

l recepción, inclinado sobre *Mr.*_____
r un instante sentí la tentación
cambiar mi nombre en el registro.
l lugar de ello seguí con el juego
fingir que quienquiera que haya sido,
a o llegue a ser, es la misma persona:
Cómo desea pagar, señor?
n efectivo o con tarjeta?». Perdí la
sión de responder, «En especie,
mo mi raza». Pero su mirada
a ingenua, sus ojos algodón
shilachado. «American Express».
l un banderín, con amenazadores colmillos,
rgaba un jabalí. Un rizo suelto de sus
bellos se alzaba como maíz
la penumbra color índigo del vestíbulo.

V

e adormecí en la temprana oscuridad
n el olor a detergente de pino,
se desvanecieron conmigo la manta
áspera lana, el suelo cubierto de pinochas,
pared sin calendario
la que ahora colgaba el anuncio de neón,
ninguna severa Biblia Gideon^[21],
da de lámpara de noche, ninguna revista,
ningún violinista sin afeitar
cando «Little Brown Jug»,
algún folleto con algo memorable
r lo que se conozca a Arkansas,
el transparente borboteo de un arroyo de montaña,
da en una estantería, ninguna estantería;
ni sólo una mancha en la pared, la marca
jada por dos yos al estirarse.

VI

ucifiqué mi abrigo en una percha de
mbre, me desvestí para bañarme,
tonces vi a aquel otro, de cuerpo entero,
estado en el féretro de cristal
la puerta del cuarto de baño. En aquel mismo instante,
cidí no afeitarme,
salvarme, si conseguía reunir fuerzas para hacerlo.
h, qué no habría dado por la suciedad de un día sin ducharme,
enchufe para mi servil afeitadora,
r apestar al cobarde natural
e soy, por convertir éste en un lugar para
aquinillas desechables así como
ra mi propia gente desechable!
un risco sobre Fayetteville,
ís alta que ningún campanario,
y una cruz eléctrica al rojo blanco.

VII

rema el fondo de mi mente.
orasa la piel de la noche;
igual que una vela repite el momento
ser extinguida, siguió allí
ando apagué la luz del techo.
quella noche dormí como un muerto,
como un borracho en una celda, como el
isgo en la pared, como un amante más feliz
la pérdida del amor, como soldados
jo los pinos pero, como me temía,
sperté demasiado temprano. Eran las cuatro.
l vez las cinco. Sólo pude calcularlo
r el reloj de pulsera que siempre llevo
ando mi propia casa descansa.
orí la puerta del motel.
s colinas ni siquiera rebulleron en su sueño.

VIII

on el pijama bajo la chaqueta,
parte de abajo embutida en unos pantalones
idos, necesitaba mi dosis,
adicción a la cafeína de la 5 a.m.
ningún gallo respondió con su estridente canto
crucifijo de neón blanco,
Arkansas tenía un olor tan dulce
mo el de la puerta de un establo al abrirse. Como caballos
n su metálico sudor iluminado por las estrellas,
¡ coches aparcados pacían en sus cuadras.
alba iba fundiendo las casas
un homogéneo gris Confederado.
otro lado de la autopista,
a brisa pasaba las hojas de un álamo
sta la Primera Epístola de Pablo
os Corintios.

IX

asfalto, silencioso como un Sabbath,
gido por aspersores municipales,
zaba su sendero recto y estrecho
las flechas blancas y convergentes
la Autopista 71. Apuntaban
cia Florida, como si cansados guerreros
; dejaran caer en el Valle de Lágrimas,
ro nada se movía en respuesta
cepto dos rabínicos sauces
n barbas de nicotina, y una chaqueta a
adros lanzando periódicos como *frisbees*
sde una bicicleta al césped plateado de los jardines,
s ruedas susurrando la paz que pasa
mprensiva bajo los negros olmos,
a mañana en Nazareth
a la de Fayetteville y la de Jerusalén.

X

orazado a las paredes en mi danza de borracho
el jive^[22] arrastrado de los vagabundos,
ritmo que proviene de las cadenas—
peré un rato junto a la hierba
una pared llena de orines para dejar
sar el ojo giratorio rojo de un
che patrulla de la policía.
una gasolinera abierta toda la noche vi
encías de una sibila desdentada
los neumáticos del garaje, y decía:
ANTENTE NEGRO E INVISIBLE
RA LAS SIRENAS DE ARKANSAS.
s serpientes enroscadas en los surtidores
eaban con su boca metálica:
sombra aún hiere al Sur,
mo la espada lentamente rendida por Lee.

XI

o hay nada que comprender
el hambre. Vi la cascara
un sol blanco golpeando su yema
bre la oscura corteza de Fayetteville,
aceleré el paso junto a ladrillos
e iban caldeándose, hacia el aroma
un picadillo de carne. Una luz saltarina
rrió hacia mí como un perro mestizo
perando ser acariciada
r mi fría y cada vez más áspera mano,
ecé por que todo fuera bendecido
o largo de la Autopista 71, la gris calma
las calles donde un león
acuesta en su isleta,
poste que forma una uve invertida con una palmera
mundo hace acopio de fuerzas para su trabajo.

XII

ro dos puertas más abajo, una cafetería
e recordó el motivo de mi carrera.
i borracho maldecía su mesa de vinilo
n dedicación, sin levantar la vista.
i cocinero alto y negro colocaba pasteles
aseados, una camarera rubio panal,
dios como una fresa reventada,
n un «Buenos días» como jarabe de arce.
iatro gorras DEERE^[23] hablaban de la caza del ciervo.
isqué mi propio lugar.
susurrante jarra negra
nía todo lo que necesitaba; podía suspirar por
humeante marcha de Sherman sobre Atlanta
a marcha sobre Montgomery.
seguía sin ser nada. Una cifra
sus burbujeantes ceros negros, aquí.

XIII

desprecio por mí mismo necesario para
contrar la tarjeta con mi nombre entre
; caras reflejadas en lagos
caoba lacada
rge ya sin esfuerzo. Río
ís fuerte que nadie hasta que el silencio mata
cháchara profesional. Un tenedor golpea
plato; el disparo de rifle de una tos
remece la habitación iluminada por una araña.
i brazo brillante agita sus grilletes.
ida cara alumbrada por las velas mira fijamente hacía
abismo étnico. En el óvalo
una cuchara de plata, en el reflejo deformado
la ventana en una copa de vino, en la carroña
n la que se alimenta mi oficio
o reanudarse el brillante alboroto.

XIV

agullí el café caliente en su vaso de plástico
indando por la reciente revocación de la ley
e permitía que todo negro descubierto tras el toque de queda
diese ser abatido a tiros en Arkansas.
libertad mira hacia otro lado; la doctrina
la luz aria se mantiene en vigor
entras el amanecer agita la hierba
color león del veld.
veta refulge en la mente
l aurífero Witwatersrand,
yas nubes espumean como una jarra de cerveza
la mano tostada por el sol del boer;
mundo arde de fiebre.
algún bosque de franela a cuadros
y un antílope atado al guardabarros de un coche:
algo que llevan en la sangre.

XV

l un mundo que yo veía infinito como
a autopista con señales, moteles bajos y
arrones, granjas de hamburguesas;
pulcro, evangélico pueblo
ostraba a través de recatados robles
bienestar de calendario —amenazador
n sus sencillos habitantes temerosos de Dios—.
mal era aquí tan corriente
mo el bien. Mantuve mi palabra.
to, después de todo, era el Sur,
yo arado seguía siendo la espada,
roja tierra polvo en la boca,
yas grises divisiones y fechas
arremolinan en el aire con olor a pino:
á donde el corazón vacila
encuentra su verdadera frontera.

XVI

En los porches delanteros las débiles luces
apagaron; en los marcos de las ventanas
día se ensanchó hasta la prosa
una pequeña ciudad media del centro del país.
La métrica dejó de cojear.
La luz del sol inundó Arkansas.
El frío. Tuve que
rebujarme en mi abrigo, para no
frir el mordisqueo de la artritis,
¡pequeñas flechas que llegan con la edad;
el sol empezó a masajear
¡espículas del hombro de la colina
con su bálsamo, pero sobre mi cuello
en cabellos mientras escribo esto
días más cortos, días más oscuros,
con más odio, más ira racial.

XVII

luz, al ser ámbar, ignoró
indicaciones rojas y verdes para el tráfico,
dado que nunca nos habían presentado,
só de largo sin un gesto.
seó frente a las tiendas,
cudriñó la VENTA DE AUTOMÓVILES,
nde un Saab que giraba serenamente
hizo un gesto de burla. En ARTESANÍA INDIA
ó nuevamente de oro el símbolo Gótico Sudista,
ascendió por uno de los senderos,
ariciando las hojas mientras proyectaba
mbras que se movían como ardillas. Sus rayos,
mo láseres angélicos,
avesaban los pinos que hacían guardia sobre cada lápida
l Cementerio Confederado,
spasando lo muerto con la vida.

XVIII

l vez en esos mismos pinos corran
n traviesas de espinas sangrantes,
; vías del Ferrocarril Subterráneo
e lleva hasta Canadá,
o que une los Apalaches
a el tintineo de grilletes en los tobillos
e corren hacia el norte, donde la historia es más difícil
soportar: hipocresía
nubes con puritanos alzacuellos.
y heridas de las guerras Indias
ladas en las planchas de madera blanca de las mesas
nto al lago de las excursiones, y los abedules
despellejan como canoas, y las hojas de los arces
en como mercenarios alemanes;
; colinas sueltan espumarajos que se convierten en cerezos silvestres, las iglesias
untan como flechas hacia el cielo de Shawmut.

XIX

h lagos de pinos y aguas inmóviles,
nde los sobresaltados hocicos de los ciervos
man ondas que amplían la idea
l estado más allá del calendario!
recuerda esta envejecida democracia
sueño de cabaña de troncos,
mo un hombre de más de cincuenta años
agina un arroyo de montaña?
; pinos se acurrucan en grupos
la tranquila ribera del lago
e los recorre recta como el
zo de una estilográfica.
interrogante emborronado de mi sombra
el margen de la calle
egunta, ¿seré un ciudadano
na ocurrencia de última hora del estado?

XX

uedo poner una mano sobre mi corazón
cantar, con los ojos puestos en el mástil
ya bandera se jacta
la Unión con trece estrellas
chadas, aunque sea portada por los fantasmas
cazadores amortajados que cabalgan
jo la cruz de fuego blanco del Sur?
uedo jurar que defenderé mi arte,
e también comparto con ellos o, peor,
igir que todo ha pasado y maldecir
sde los piquetes de mis versos
concepto de *apartheid*?
sombra se pliega a la voluntad
igual que nuestros juramentos de adhesión se pliegan
te el estado. Lo que sabemos del mal
que nunca tendrá fin.

XXI

pecado original es nuestra semilla,
esa bellota se transforma en un roble;
paraguas de la sombra de África,
a pesar de los mandatos de esta democracia,
que germinando en una calle del Sur
se mantiene doblegados a grises hombres negros,
sus enrojecidos ojos como pedernal. Hemos compartido
secreto a voces de nuestra contabilidad
ante los entrecerrados ojos de un policía,
aparte no expresado del transeúnte,
gesto involuntario, los signos,
comentario excesivamente cortés
se convierte una idea en ácido
de las tripas, y aquí sentí su
heno infectando los pinos de la colina
hasta la misma cumbre.

XXII

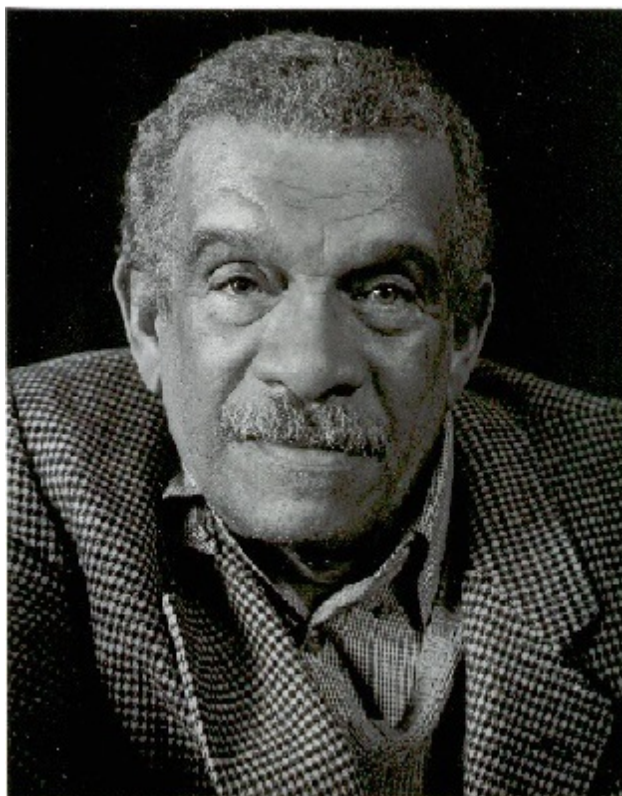
ñor, nos urge usted a que nos
spoijemos de todo lo terrenal,
mo esas cómodas de alcanfor
on sus ataúdes de falso pino;
e vaciemos el cajón del pecho
niremos mucho más allá de la herida
bre la que desciende la mirada de una cruz,
mo la luz ilumina este aparcamiento
asfalto, como la sangrienta Torre
nde Raleigh cepilla su camisa
Villon y sus hermanos retroceden asustados
te la sombra del nudo inmóvil.
y cosas que mi oficio no puede
grimir, y una es el poder;
nque sólo la edad avanzada otorgue el
recho a un nombre abstracto

XXIII

Señor, es mi Oficio,
Testamento de Arkansas,
dos tazas de Cobardía,
segura, hirsuta Salvación,
prestigio de mi gente.
enaventuradas sean la creciente dicha
ruedas de camiones sobre el asfalto,
estas manchas que no puedo arrancarme
el corazón que yo mismo he ensuciado. Este
mediodía, alguna camarera de anchas espaldas,
vez medio india, alisará
la cama de matrimonio color trigo,
el sol de la tarde reimprimirá
las barras de una bandera cuya tela
sobre el motel, el campanario y el distrito—
berá curar las marcas y las cicatrices.

XXIV

acendí el televisor.
na luz, sin sonido alguno,
sucesivas imágenes fijas en ámbar,
itó las olas frente a Narragansett
as ciudades-isla en un mar de trigo.
explotar sus barras de oro
los ejes de los carros de los Mormones,
s entrecejos y encorvados hombros orientados
cia Sión, su ancho camino de bueyes
zantando polvo en los hocicos de los perritos de las praderas^[24];
continuación una ronca voz de locutor
ibalsamaba los Black Hills
denaba regocijarse al Mojave,
agaba la rosa de neón
Las Vegas, y sus rayos llegaban hasta
gigantescos tubos de órgano de las secoyas,
Pacífico, y las noticias de *Today*.



Derek Walcott (Castries, isla de Santa Lucía, 1930) Poeta y dramaturgo caribeño que funde la tradición cultural antillana con la poesía clásica y moderna en lengua inglesa. Considerado uno de los grandes poetas contemporáneos, recibió en 1992 el premio Nobel.

Descendiente de esclavos negros e hijo de un pintor británico blanco, abandonó su isla natal y estudió en la universidad de West Indies, en Jamaica. De 1959 a 1976 dirigió el Taller de Teatro de Trinidad. Viajó a Estados Unidos en 1981 y se instaló en Boston para dar clases en la universidad local y en Harvard. Ha escrito más de quince libros de poesía y alrededor de treinta piezas de teatro. La mayor parte de su obra aborda las experiencias del pueblo caribeño y reflexiona sobre su herencia: una mezcla de las culturas africana, inglesa y holandesa.

Su poesía relaciona en un solo discurso tres lenguas que provienen de culturas orgánicamente integradas: el inglés, que es su lengua madre, enriquecido con dialectos venidos del África negra, a lo que se añade el holandés, la lengua del poder o del conquistador. Por tanto, su obra es el proceso de reconstrucción de todo un proceso histórico, no sólo del lenguaje. Para él, las Antillas son un lugar de mezcla racial, un «potente brebaje» que ha hecho posible que surjan «distintas razas, músicas, idiomas y religiones» como resultado de una dura y trágica fase de conquista repleta de sangre y esclavitud.

A pesar de que considera que en la literatura no existe la pureza étnica, Walcott trabaja sólidamente con la tradición poética en lengua inglesa, tanto con los clásicos

como con los poetas modernos. Sus versos poseen potentes imágenes visuales y conceptuales, que junto con el ritmo y el trabajo con la métrica, crean una poesía elegante y a la vez intelectual, que cautiva al lector por la plasticidad de las imágenes y la fuerza moral del discurso.

Entre sus libros de poesía destacan *Otra vida* (1973), *Uvas de mar* (1976), *El reino de la manzana estrellada* (1979), *El viajero afortunado* (1981), *Verano* (1984), *El testamento de Arkansas* (1987) y *Omeros* (1990). Ha escrito obras de teatro, entre ellas la conocida *Sueño en la montaña del mono* (1970). Otra fase destacada de su obra son los ensayos y reflexiones sobre poesía y otros temas, como el volumen *La voz del crepúsculo* (1998), pues en ellos clarifica sus ideas poéticas, postulando una cosmovisión que coloca a las Antillas dentro de un proceso mayor de memoria épica.

En dichos trabajos analiza la obra de R. Lowell, J. Brodsky, R. Frost, A. Césaire y otros muchos, incluyendo la crítica y el elogio como hace con el controvertido escritor hindú-trinitario V. S. Naipaul. La idea de Walcott del poeta como ser adánico, como hombre aún asombrado por el mundo, más su lucidez crítica sobre la historia, hacen de él uno de los poetas más interesantes de la contemporaneidad.

Notas

[1] Capital de la isla de Santa Lucía. <<

[2] Juego de palabras fonético entre «*Hark the Herald Angels*» (Escuchad a los ángeles anunciadores), villancico inglés clásico, y «*Half the Herald Angels*» (La mitad de los ángeles anunciadores). <<

[3] Clase social de músicos y genealogistas originarios de la ex-colonia francesa de Mauritania. Por extensión, músicos originarios de África. <<

[4] Alexander of Tunis, conde y héroe militar de las dos guerras mundiales además de en India, Birmania, Egipto, Argelia, Túnez e Italia. Creador de las unidades de Gurkhas. <<

[5] Remembrance Day. Celebración del armisticio en ambas guerras mundiales en EE.UU., Gran Bretaña, Francia, Canadá y Corea. <<

[6] Avenida en Washington D.C que recorre el desfile del día de los veteranos. <<

[7] Guardias montados de la brigada de caballería de la casa real inglesa. <<

[8] Uno de los antiguos reinos anglosajones. <<

[9] Charles Wesley, fundador con su hermano John del Metodismo en la Iglesia de Inglaterra y compositor de más de 4.500 himnos. <<

[10] Concepción del mundo. <<

[11] Poeta galés del s. VI. <<

[12] Poeta galés del s. XVII. <<

[13] Valle y río en el distrito minero del mismo nombre. <<

[14] *Minstrel*: cómico, muy popular antiguamente, que cantaba con la cara tiznada para imitar a los negros. <<

[15] Ana Akhmatova, famosa poetisa rusa que dedicó un poema a Pasternak en el que trazaba su semblanza lírica. <<

[16] Poeta de la antigua Roma cuyo primer libro de poemas se titulaba *Cynthia*. <<

[17] Juego fonético empleando la primera sílaba de Cynthia (*sin*, pecado) y de Sextus (*sex*, sexo). <<

[18] Claude Lorrain, pintor francés del S. XVIII famoso por sus paisajes con umbríos primeros planos. <<

[19] *White trash*: apelativo que se aplica a los pobres no negros del sur de los EEUU.

<<

[20] El autor juega con el título de un villancico clásico, *God Bless Ye Merry Gentlennen* (Dios les bendiga alegres caballeros) transformándolo en el del poema.

<<

[21] Gideons Internacional. Organización seglar cristiana que distribuye biblias en hoteles, hospitales, cárceles y escuelas. <<

[22] Nombre de un baile y un ritmo de *jazz* con improvisaciones. <<

[23] Marca de maquinaria industrial y agrícola cuya pronunciación es próxima a la de ciervo (*deer*) en inglés. <<

[24] *Gophers*, nombre de unos roedores americanos, designa también a los habitantes de Minnesota. <<